TRAS LAS PÁGINAS

Paisajes de lecturas

FRANCESC COSTA

Francesc Costa Oller

Tras las páginas

Paisajes de lecturas

Mataró, 2026

El caballero
—llanura abierta
cerros suaves
solano alto—
sabe que son molinos
los fingirá gigantes

SUMARIO

7 Qué es Olot?
10 En otro lugar
12 Las letras y su olvido
13 Vestigio
14 Democrática
15 Nacer se llamaba Juan
17 Paisajes
19 De la razón y la tribu
20 El hijo pródigo (bíblica)
23 El horror, el horror
24 La forma del asombro
25 Idea de la tecla
26 Pantallas
28 Lamentatio pro omnibus
30 Joel (bíblica)
32 La nevera y los sueños
35 Mentiras con decimales
37 Las cuatro de la mañana en Madrid
39 Notas

TRAS LAS PAGINAS

45 Ha escrito una novela
46 Tres poetas
49 … i els de dalt
50 Ella, el mal en La Regenta
52 La seduzione dell'abisso
56 Decatur, contra piratas

60 En el silencio
65 El arcipreste goloso
68 El poeta en camino
71 He escrito un libro
72 Ortega, 2026
75 El fin de una civilización
78 Useful knowledge
84 Tres monarquías
86 La teoría sueca del amor
88 Hacia lo esencial
90 Voi ch'entrate
92 Elogio del Vallès
95 La Jauría
98 La rebelión del desengaño

¿Qué es Olot?

Al francés le sobrevino el arrebato al morder una magdalena mojada en té, a Saulo de Tarso al caer de su caballo; y a mí, mi propia epifanía, sentado al sol en un bar de mi ciudad, escuchando adormecido la conversación de la mesa de al lado; lo que practico con sumo placer y asiduidad. De formación filológica, me apasionan las construcciones sintácticas y el léxico popular, y cuando alguien afirma que ha «subido arriba», lo anoto con la diligencia de un entomólogo.

Descansaba de una de mis jornadas peripatéticas y me alcanzó un diálogo entre dos jóvenes: «El domingo estuve en Olot», «¿Qué es Olot?». No tuvo el sabor evocador de la magdalena ni la luz que cegó al que sería santo, pero sentí el crujido de los cimientos de Occidente. La pregunta, en su sencillez era una orfandad. Al inquirir «qué es», la joven admitía ignorancia y despojaba al lugar de su categoría de «sitio». En su mente, podía ser cualquier cosa, una marca de zapatillas, una aplicación de citas o un refresco. La desconexión era absoluta.

La Civilización Ilustrada descansaba sobre un pacto tácito: la vigencia de un canon cultural compartido. Sin embargo, tanto el sistema educativo como la familia han claudicado en su responsabilidad fundamental: la de entregar el mundo a los que acaban de llegar. En consecuencia, los jóvenes ya no son herederos, pues ignoran la existencia misma de su legado. Ser un ciudadano exigía comprender las coordenadas

del territorio, el tiempo y el espacio habitado. La educación era, ante todo, una brújula para estar y ser en el mundo.

Ese «¿Qué es Olot?» revela que el mundo físico ha dejado de existir en la mente para ser relegado a Google Maps. Si no hay una línea azul que guíe, el destino es una abstracción. El territorio, mero fondo de pantalla. Es probable que la joven sepa quién es el último *influencer* de moda en Los Ángeles, pero ignore lo que hay a cincuenta kilómetros de su casa.

En Kant la Ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad. La pregunta en el bar demostraba la instalación en la minoría de edad eterna. No saber no le causaba vergüenza, pues no sabía que no sabía. La civilización tal como la conocía, la que valoraba el conocimiento, llegaba a su fin en un día soleado, entre risas despreocupadas. Miré a las jóvenes con una mezcla de ternura y terror. Eran las habitantes de un mundo donde la cadena de transmisión cultural se ha roto. Olot no es nada hasta que el algoritmo decida que sea algo. Para esa chica, el mundo nació el día que abrió su cuenta de Instagram. Me sentí un romano viendo llegar a los vándalos; solo que estos no traían espadas, eran teléfonos inteligentes y una sonrisa.

En esta sociedad de transeúntes existenciales, las jóvenes de la terraza están haciendo tiempo; vagan en un presente perpetuo, de una experiencia efímera a otra: un viaje *low cost*, un trabajo precario, una pareja líquida. No fundan una familia porque viven atrapadas en un eterno ahora. ¿Cómo traer hijos a un mundo que no entiendes y que, en el fondo, te da igual?

¿Qué es Olot? es el grito ahogado del nihilismo moderno. Si Olot no es nada, la realidad pierde su

densidad. Hemos dejado de ser peregrinos hacia un destino, para convertirnos en errantes. Ellas son víctimas, no culpables. El drama es que carecen de brújula, y de esta manera, no se navega, se deriva; y la vida se convierte en un naufragio a cámara lenta. Tal vez el apocalipsis sea simplemente un desvanecimiento. Una generación hermosa pero desarmada, pisando tierra sagrada sin sentir su temblor, huérfana de una historia que nadie les enseñó a descifrar

Mi mente voló hacia ese lugar que ella había reducido a la nada. Pero Olot no es una abstracción. Es una herida geológica antigua donde cuarenta volcanes duermen un sueño de siglos; es mi paseo vibrante a la orilla del Fluvià; es la arquitectura del esfuerzo, hecha de rocas volcánicas que manos laboriosas apilaron para abrir tierra al cultivo; es mi mirada perdiéndose, cuando deambulo por los hayedos, allí donde el silencio tiene textura y la luz se filtra creando un entorno natural que tantos artistas han intentando capturar.

Observé cómo la joven se llevaba la taza a los labios para dar el último sorbo, y comprendí que asistía al reverso exacto del milagro literario. Si a Proust el sabor de una magdalena le bastó para erigir la inmensa catedral de la memoria, eternizando lo vivido; a esta joven, el sorbo le bastaba para disolver la realidad.

Fue una eucaristía de la nada. Se desvanecieron los volcanes, se borró la escuela paisajística de Vayreda, el río que me acompaña y la historia asombrosa que un anciano me confió bajo las hayas. Pagaron con el móvil, sin tocar la realidad, y me quedé allí: custodiando las ruinas de una civilización que acababa de ser devorada, sin maldad, en una soleada mañana.

En otro lugar [1]

Gesto cotidiano del que está absorto en su teléfono; mirada fija en una pantalla que refleja un espacio virtual: *otro lugar* al que la atención se dirige. Reino de las apariencias, refugio. La tecnología ha perfeccionado la distracción, ha convertido un problema metafísico en una condición técnica y social ubicua. La filosofía anticipó la tensión entre presencia y dispersión, y el teléfono ha radicalizado la huida, convirtiendo la atención en mercancía y la soledad en precariedad negociable.

En la filosofía platónica, el *otro lugar* es el reino de las apariencias: un espacio imaginario situado entre el ser humano y la realidad. En la caverna, los prisioneros viven contemplando sombras; hoy, esas sombras, antes estáticas y proyectadas, se han vuelto dinámicas en pantallas que ocupan el lugar de la experiencia del mundo real. El teléfono hace portable la caverna, personaliza la distracción y promete reciprocidad. Donde había apariencia, las pantallas ofrecen la esperanza de una respuesta, una dependencia de alguien al otro lado: el hilo que mitigue el peso de la soledad.

Es la tendencia a huir de la interioridad. Para San Agustín, el alma dispersa busca afuera una plenitud que solo puede hallarse en lo interior, en una relación radical con una alteridad absoluta (Dios). Pascal llevó esta crítica a su máxima expresión: «Toda la infelici-

[1] Nos acompaña: Platón, *La República*. San Agustín, *Confesiones*. Blaise Pascal, *Pensamientos*. Séneca, *Sobre la brevedad de la vida*.

dad del hombre deriva de no saber permanecer tranquilo en una habitación», subraya que los humanos huyen de sí mismos para evitar enfrentarse a su soledad esencial y a la conciencia de su propia finitud.

La era digital ha reconfigurado la huida, se trata de huir hacia un otro difuso, cuya presencia digital es frágil. Lo contemporáneo ha invertido la dirección agustiniana: hemos externalizado la interioridad convertida en conversación permanente. La soledad no sabe volver a sí porque depende de alguien de afuera.

La verdadera novedad es la expectativa de que la soledad es opcional. La idea de que un mensaje puede llegar en cualquier momento, de que siempre habrá alguien disponible al otro lado de la pantalla, crea una nueva forma de vulnerabilidad emocional. Una cuestión metafísica, como sentirse solo en el mundo, se convierte es un problema técnico: estar solo mientras el teléfono no suena.

En esta constante vigilia emocional, la conexión es sinónimo de calma. Pero su ausencia genera ansiedad, y la falta de notificaciones o respuestas se percibe como abandono, alimentando el miedo al silencio, al temor a enfrentar la soledad.

Estar en *otro lugar* es no poder soportar la posibilidad de no ser vistos y oídos. La persona que camina mirando su teléfono no está simplemente distraída; está buscando compañía. El *otro lugar* digital es el espacio de espera, donde la conexión constante es el precio de la calma. La tarea de la conciencia moderna es esforzarse por estar, con atención, donde uno está.

Las letras y su olvido

Hemos leído, aprendido, vivido y, sin embargo la memoria se revela como un tamiz implacable. Gran parte de ese caudal de conocimiento parece esfumarse con el tiempo, dejando al lector con una sensación de pérdida o, peor aún, de superficialidad. La paradoja es inevitable: si el conocimiento es una colección de datos almacenados, lo olvidado, ¿ha dejado huella?; una pregunta que obliga a trascender la visión utilitaria de la memoria y a indagar en la dimensión profunda. El verdadero legado de lo leído reside en la capacidad de evocar cómo los encuentros con los textos han moldeado nuestra forma de pensar, sentir, preguntar y habitar el mundo.

El conocimiento no se limita a la memoria explícita, la que acumula hechos y eventos que podemos recordar. Existe una segunda dimensión, la memoria implícita, que rige cómo razonamos, dudamos, intuimos y nos comportamos. Es en este ámbito silencioso donde las lecturas ejercen su poder. Aunque olvidemos los detalles, la estructura del pensamiento, la sensibilidad estética, la disposición para entender otras voces o para dudar, todo eso permanece. El libro se ha borrado de la mente consciente, pero ha reescrito el código interno del ser. Al final, la obra maestra de la lectura es el lector mismo. El legado es lo que somos, gracias a lo que ya no recordamos.

Vestigio

Como el que en sus caminatas nocturnas
por las montañas
habita en silencio la vida del bosque
y observa el mar de estrellas
que en las ciudades no conocen
y entre ella tantas que ya no existen
porque la luz es solo recuerdo de lo que fue
así también nosotros
somos el brillo tardío de un fuego ya apagado
el reflejo que llega demasiado tarde
para los ojos que hoy lo miran.
Este lugar que pisamos, este cielo que respiras,
puede que ya no sea
que sólo quede de él
la imagen persistente de un mundo consumido,
y que caminemos, como las estrellas,
siendo ya ceniza
vestidos todavía de luz.

Democrática

Platón desconfía del demos por mudable, veleidoso y tornadizo. ¿Como se puede organizar el orden con semejante material? Su respuesta es desplazar la autoridad del número hacia la autoridad del conocimiento. Pero nosotros hemos decidido que la autoridad se elija a través de los partidos políticos, y Robert Michels nos enseña que estas organizaciones acaban convirtiéndose en un fin en sí mismas: la oligarquía que las dirige hace de su autoconservación, de su estatus, de su poder y de sus privilegios la prioridad, por encima de los principios ideales que decían servir.

El resultado es un callejón sin salida. Si confiamos en el demos directo, obtenemos populismo, emotividad cambiante y esa manipulación de las pasiones que Platón temía. Si confiamos en los expertos, caemos en la cooptación: los partidos se transforman en cárteles que se protegen a sí mismos y se alejan del bien común.

Un ejemplo basta: la deuda pública. La ciudadanía es seducida por promesas cuyo coste prefiere ignorar, y los gobernantes se benefician de esas promesas. ¿Hasta dónde puede una democracia limitar su propia soberanía para protegerse de sus errores?

Sin solución al dilema Platón–Michels.

Nacer se llamaba Juan

La identidad contemporánea se ha edificado sobre relatos de libertad absoluta y ruptura con el pasado. Es una narrativa que ensalza la liberación de los lazos tradicionales, familiares, religiosos o comunitarios, para coronar al individuo como el arquitecto soberano de su propio destino. Pero esta mirada simplifica una realidad más compleja y sutil: bajo esa aparente autonomía, lo que realmente se gesta es una inquietante y progresiva dispersión del ser.

Durante siglos, la identidad no fue una cuestión abierta. Nacer implicaba ocupar un lugar en un entramado de significados que otorgaban continuidad y orientación. El nombre propio, heredado o elegido según pautas compartidas, actuaba como una primera señal de pertenencia. La identidad se recibía ya parcialmente configurada.

Ese marco se ha debilitado. La identidad ha dejado de ser una herencia para convertirse en una tarea. El individuo se enfrenta a un abanico casi ilimitado de posibilidades, pero carece de un principio que las ordene. La multiplicación de referencias, culturales, estéticas, vitales, desemboca en una coexistencia fragmentaria. La identidad se presenta como una suma inestable de elecciones.

En este contexto, incluso el nombre propio pierde parte de su función tradicional. Deja de señalar un origen reconocible para convertirse en un gesto de diferenciación. Lo singular sustituye a lo compartido. El nombre, como la identidad misma, se vuelve más

libre, pero también más contingente. Así, la transformación contemporánea ha debilitado las condiciones que permitían sostener una identidad coherente. Bajo el discurso de la autonomía se despliega, de manera menos evidente, una realidad más incierta: la de individuos obligados a construirse sin un horizonte común que los articule.

Paisajes

Te gusta subir montañas y comprobar que el mundo no se acaba. A mí no. Soy más de bosque, de tejados verdes donde se manifiesta un poema que hay que leer despacio, con ojos nuevos y los pies: este instrumento de conocimiento. Para encontrar hay que dejar los caminos, la senda que se deshace entre zarzas, la encrucijada que no lleva a ninguna parte, el hilo que de pronto es torrente seco o desaparece. Una tarde de otoño, bajo una lluvia razonable, bajé por un viejo camino cegado; avanzaba, porque la retirada no existe; el bosque concede, y llegué, entre árboles.

En mis montañas, las encinas y los pinares que admiramos son el resultado de un abandono, de una plaga que llegó del norte; ahora, restos de bancales, pared seca en los márgenes. Y es en estas ruinas, el colosal naufragio, la derrota y su belleza, donde el orden humano se deshace en musgo y hiedra. En una masía sin tejado, el revoque caído dejó a la vista una olla de barro encajada en la pared. Era donde el campesino guardaba sus ahorros, envueltos y tapados con cal. Allí vivía el miedo, entre sombras y rumor de árboles. Hoy entra el sol y entra la lluvia, y las paredes esperan al viento para dejar de serlo.

El agua también deja memoria, y me dedico a recogerla en fuentes apartadas, en las torrenteras donde la humedad decide el color de las hojas, que son, bajo los árboles, lo más cercano a un santuario que conozco. En la umbría de un hayedo, con los arroyos cayendo desde la cresta y una oscuridad compacta que

no deja pasar la luz: silencio, despacio, el camino se acabará y no podrás volver a pasar inocente.

Escribió que la verdadera exploración termina en el lugar de partida, donde la siempreviva me sale al paso, de aroma oriental, cuando creo que ya lo he visto todo.

De la razón y la tribu

El intelecto actúa como un sastre que viste de lógica los instintos tribales que nos dominan. Razonamos para justificar emociones que ya nos habitan, y nos educamos para defender nuestros prejuicios con una sofisticación refinada. En este ecosistema, la «tribu», que traza la línea entre lealtades, enemigos y realidades tolerables, se erige el soberano.

Modificar una creencia profunda nunca es un simple ajuste cognitivo: es un desgarro, un exilio doloroso. Nuestras convicciones sostienen el andamiaje mismo de la identidad, y abandonar una idea implica renunciar a esa versión reconocida de nosotros. Por eso los debates se viven a menudo como traiciones de sangre y las refutaciones como heridas directas: en una discusión casi nunca se disputa un dato empírico; se pone en jaque la arquitectura misma del yo.

Con todo, aunque la razón sea un músculo frágil sometido a presiones colosales, sigue siendo nuestro único puente hacia la lucidez. No garantiza alcanzar la verdad, pero su nobleza reside en su tenacidad: en la capacidad de ser entrenada, desafiada y obligada, una y otra vez, a resistir la inercia de nuestros propios prejuicios.

El hijo pródigo (bíblica)

En la tradición, la figura del hijo pródigo se ha erigido como el símbolo máximo de la redención espiritual. Sin embargo, si despojamos al relato de su revestimiento teológico, emerge una narrativa de crudo realismo político y psicológico. Desde una visión anclada en la maldad, entendida como un egoísmo racional y descarnado, el regreso del hijo es una maniobra de supervivencia, y el perdón, el recurso disponible ante la insolvencia.

Para la filosofía clásica, especialmente en la ética aristotélica, la virtud reside en el equilibrio. El hijo pródigo, en su partida, encarna el vicio del exceso. Al exigir su herencia, comete un acto de parricidio simbólico: desea la muerte del padre para disponer de sus bienes. Desde un ángulo maquiavélico, su error fue el despilfarro ineficiente. La maldad inteligente busca acumular poder; la del pródigo es, en principio, una maldad estúpida. Aristóteles sugeriría que aquel que malgasta su patrimonio es un insensato, pero el hijo pródigo evoluciona: en la miseria, su maldad se vuelve astuta. La derrota lo obliga a transitar de un hedonismo vulgar a un pragmatismo calculador.

El texto bíblico marca un punto de inflexión: «Y cuando todo lo hubo malgastado… comenzó a faltarle». Se trata de una crisis de suministros: la decisión de volver nace en el estómago. El hijo, en su degradación, realiza un ejercicio de comparación económica. Su arrepentimiento es una construcción mental diseñada para resolver una carencia física. La vuelta al

hogar es la última carta de un jugador que se sabe vencido, pero que conoce los puntos débiles de su adversario: la misericordia del padre.

Uno de los momentos más reveladores es la construcción del discurso: «Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti». Esto es pura sofística. El hijo busca la persuasión. Ensaya su humillación porque sabe que el lenguaje del sacrificio es el único que el padre aceptará como moneda de cambio por el pan. La maldad aquí reside en la instrumentalización de los sentimientos ajenos: el hijo utiliza el amor del padre como un mecanismo de rescate financiero. La sumisión es el precio que está dispuesto a pagar para recuperar su estatus, una suerte de contrato social donde cede su libertad a cambio de seguridad alimentaria.

El hijo pródigo, al verse derrotado, adopta la moral del esclavo. Se humilla porque la humillación es su única ventaja competitiva en ese momento. Al decir «ya no soy digno de ser llamado tu hijo», al rebajarse a sí mismo de manera extrema, anula de antemano cualquier castigo que el padre pudiera imponerle. Es una maniobra de defensa proactiva: nadie golpea a quien ya está en el suelo pidiendo perdón. Su derrota es, por tanto, su mayor arma de manipulación.

Esta visión se completa con la reacción del hermano mayor. Desde una ética de la justicia distributiva, la queja del hermano es irreprochable. Él representa el orden, la ley y el mérito. El regreso del pródigo bajo la premisa de la maldad exitosa rompe el sistema de valores del hogar. Si el hijo menor regresa por interés y es premiado con el mejor becerro, el mensaje implícito es que el cinismo funciona. La derrota,

cuando se gestiona con astucia, puede ser más lucrativa que la lealtad constante. El padre, cegado por la emoción, cae en la trampa del hijo, validando una estrategia donde el error no tiene consecuencias reales, siempre que se sepa actuar la comedia del arrepentímiento.

La visión de la parábola desde la maldad nos presenta una lección de realismo psicológico. El perdón en la derrota es un pacto de conveniencia. El hijo pródigo es el prototipo del individuo que, habiendo fracasado en su intento de autonomía absoluta, regresa al sistema que despreció para parasitarlo bajo la apariencia de la sumisión.

No hay gloria en su regreso, solo el éxito de un plan de contingencia. La maldad ha ganado porque ha convencido al padre de que su derrota es una victoria espiritual, garantizándose así una cena caliente y una cama mullida a perpetuidad.

El horror, el horror

Una joven camina por una calle de Madrid y alguien se detiene para preguntarle si quiere tener hijos. La respuesta llega en el rostro. Un horror limpio, instintivo, como la propuesta de algo obsceno o absurdo. No hay duda: es el gesto primario de quien rechaza algo que no entra en su mundo.

El rechazo a la maternidad puede nacer de mil lugares. Lo que me detiene es el horror, que pertenece a otra categoría. Es la reacción ante algo que nos resulta ajeno de raíz, ante algo que no reconocemos como propiamente humano, como si la pregunta misma fuera de otra especie.

Fundar una familia es, en su esencia, un acto de confianza en el tiempo. Apostar a que habrá un mañana digno de ser habitado, a que el mundo merece ser entregado a alguien más. Quien no puede hacer esa apuesta es alguien que vive sin horizonte. Atrapado en un presente que se repite en experiencias breves y sustituibles, la idea de un proyecto que dura décadas resulta incomprensible. El horror es al compromiso con el futuro que el niño encarna.

No fue una postura elaborada ni una declaración ideológica. Fue un reflejo. Y los reflejos no mienten: revelan lo que ha sedimentado tan adentro que ya no necesita pensarse. Llevaba el horror incorporado como se lleva el idioma. Este gesto es orfandad. Alguien en un territorio que nadie le enseñó a descifrar. El futuro, para quien vive anclado en un eterno presente es una abstracción amenazante.

La forma del asombro

Por las calles, mi mirada busca patrones y pasa con facilidad de la anécdota a la categoría. Es mi manera de estar en el mundo: una atención que ordena lo que ve y sospecha, en cada escena cotidiana, la huella de algo más vasto. Como si la ciudad fuese un texto y cada gesto, una frase abierta a la interpretación. Ruido que declina en música.

Aristóteles tenía razón al afirmar que el conocimiento nace del asombro ante lo que se tiene enfrente, y que de lo particular se alcanza lo universal. Pero es en el retorno constante a lo particular donde la inteligencia se mantiene viva, porque se libra de la abstracción vacía. Mi mirada busca patrones porque la realidad es una arquitectura de hábitos, un orden que aún no sabemos leer.

Caminando se aprende la gramática de un texto vivo. También a rescatar la anécdota del olvido y la sitúa en una trama más amplia. Entre el caso y la categoría, entre la vida y el concepto, se abre un espacio incierto pero fértil: allí acontece la filosofía.

Hay una belleza en los patrones invisibles que ordenan el desorden aparente. Cuando el paseante descubre uno, experimenta un goce intelectual similar al del matemático que halla una simetría en un sistema complejo. El orden de las pequeñas cosas, la red de intencionalidades mínimas, se revela entonces como una forma de armonía. Esa transición es estética porque produce una reconciliación: el sujeto se descubre lector en una biblioteca conocida.

Idea de la tecla

«Ese futuro tecnológico nos va a caer muy grande a nosotros, por lo menos. ¿Qué va a ser? ¿En qué va a consistir? En unas personas que probablemente vivirán más de lo que vivimos ahora, como en una Edad Media, en unas personas en plenitud, si es que se puede llamar en plenitud a personas un poco prefabricadas que tendrán que trabajar más que nosotros porque tendrán que alimentar a más viejos, a menos niños. Y a los que no trabajen, que serán muchos, en una especie de conductas manejadas o por órdenes o por folletos, porque no tendrán mucho tiempo para leer. Folletos para ver cómo se tiene éxito, cómo se hacen amigos, cómo se pone una casa, cómo se conquista una mujer, cómo se divierte uno más. Como todos leerán los mismos folletos, las relaciones serán muy fáciles, pero muy aburridas. Y por otra parte, la inteligencia natural será sustituida por inteligencias artificiales que ayudarán a la gente no a conseguir la felicidad probablemente, sino a ayudarles a pasar el tiempo. Fíjese usted que dentro de poco parece que va a ser posible que yo, apretando, no yo, cualquier persona, apretando una tecla, sepa enseguida quién es Velázquez, quién es Goya, quién es Cervantes. Pero yo me temo que esa persona no sienta la menor necesidad de saber quién es Goya, quién es Velázquez y quién Cervantes. Y no apriete la tecla».

Las palabras de Antonio Gala eran una advertencia en 1991. Profecía sombría, pérdida de lo humano, el tedio de la vida reducida a mero tránsito.

Pantallas

Revuelta de los jóvenes: muertes, heridos, incendio del parlamento y otros edificios, vandalismo, la esposa del primer ministro calcinada; la prensa habla de corrupción, nepotismo, paro juvenil, etc., causas que llevan tiempo allí, y en tantos países. También, que el detonante de la agitación social ha sido la decisión del gobierno de prohibir todas las redes sociales; y esta es la clave, los miles de jóvenes que pueden soportarlo todo menos que el aparato que tienen constantemente ante los ojos quede en blanco.

Lo de Nepal es un espejo de nuestro tiempo, porque delata hasta qué punto la vida humana ya no se concibe sin la mediación de la tecnología. El aparato digital, especialmente las redes sociales se han convertido en extensión de nosotros mismos. Cuando el gobierno corta ese vínculo nos arrebata una parte de nuestra propia experiencia del mundo. El joven que se indigna por su mundo digital en blanco, reacciona al arrebatársele un pedazo de realidad.

Asimismo, este fenómeno revela una paradoja. Las redes sociales, espacios de libertad y expresión, pueden convertirse también en dependencia. La revuelta no surge ante las injusticias antiguas y estructurales, paro, corrupción, precariedad, lo hace ante la interrupción de un hábito invisible, casi biológico, de conexión. En este sentido, Nepal es un síntoma de los nuevos tiempos y un recordatorio de que el poder también se disputa en el terreno inmaterial de las redes. Y que el ser humano contemporáneo ha tejido

su vida tan íntimamente con la tecnología que separarlos puede provocar más dolor que las injusticias materiales que hace tiempo se soportan. En mi ciudad, durante el apagón general en España de diez horas, ¡diez horas! el servicio de urgencias del hospital público se colapsó de jóvenes en estado de ansiedad.

Los cimientos de la seguridad y la justicia se resquebrajan y la ciudadanía vaga sin referentes legítimos que la amparen, dejando como único asidero a vendedores de humo oportunistas de verbo fácil y a redes sociales que ya han decidido qué han de pensar los que temen su reflejo en una pantalla vacía.

Lamentatio pro omnibus

En nomne del buen Padre que todo lo crió,
fago esta escriptura por quien la entendió,
que guarde la su gente como Dios ordenó,
ca pueblo desmembrado en polvo se tornó.

Non valen ya colores nin vana partición,
mas pueblos que se temen por su perdición,
si pierden su memoria e la su tradición,
quedan como ceniza sin ley nin coraçón.

El pueblo fue perdido por mengua de consejo,
el fuero es ya quebrado e tuerto su derecho,
si non ha voz en villa nin acuerdo en concejo,
la ley es vana sombra e torna en mal provecho.

Non es ya de razones la lid acostumbrada,
mas de sangre e casa la porfía trabada,
quien pierde el su cantar e la voz heredada,
pierde cuerpo e tierra e la faz señalada.

Qual árbol sin raíz non da fruto terrenal,
assí pueblo sin ley camina hacia su mal,
si pierde el su solar e el linaje real,
será yerba seca de muerte funeral.

¿Ubi sunt los omnes quel su nombre perdieron?
Dexaron la su casa e mal camino prendieron,
yacen en tierra agena do nunca los quisieron,

sin losa nin memoria ca todos los perdieron.

Quien cede la su heredat e su solar primero,
cede nombre e linaje del padre verdadero,
e quien mezcla sin raíz por seso lisonjero,
pierde surco e fruto e pan del granero.

Al Padre que nos guarda damos aquí femençia,
que dé a la su gente seso e paciençia,
ca quien guarda su lengua e su antigua criençia,
non teme al olvido nin a la su sentençia.

Quien oyere la gesta con toda lealtat,
reciba la merced de la santa claridat,
e guarde Dios el pueblo por toda la edat,
e non pierda la tierra de su propia heredat.

Joel (bíblica)

> ¡Oíd esto, ancianos, prestad oído, habitantes todos de la tierra! ¿Sucedió algo semejante en vuestros días, o en los días de vuestros padres? ¡Despertad, borrachos, y llorad, gemid todos los bebedores de vino, por el licor que se os ha quitado de la boca! ¡Consternaos, labradores, gemid, viñadores, por el trigo y la cebada, porque se ha perdido la cosecha del campo! ¡Ceñíos y plañid, sacerdotes, gemid, ministros del altar; venid, pasad la noche en sayal, ministros de mi Dios, porque a la Casa de vuestro Dios se le ha negado oblación y libación! ¡Ay, el Día que está cerca, el Día de Yahveh ya llega como devastación!

Profetas que susurran y profetas que fluyen. Joel fluye. Abrió la boca y de ella salió un ejército de langostas; abrió la boca otra vez y salió el fin del mundo; y de nuevo, con esa misma boca terrible, dejó escapar algo que se parecía a la esperanza. Profeta del exceso porque esta es su teología: Dios no murmura, ruge, arrasa, hace que el sol se avergüence de sí mismo.

Empecemos por las langostas; todo empieza por las langostas, como nunca las hubo y nunca las habrá. Langostas que constituyen una categoría nueva del horror. Las convoca con precisión obsesiva: cuatro oleadas, cuatro generaciones de hambre, cuatro maneras de decir que la viña no tiene viña, que la higuera no tiene higuera, que el granado y la palmera y el manzano han sido desollados. La tierra se viste de luto. Los sacerdotes lloran frente a altares vacíos.

No se detiene en las langostas. Llega el Día del Señor y la prosa se convierte en algo que no debería poder existir en el lenguaje: una imagen que es a la

vez amanecer y extinción, luz que destruye y gloria que quema, fuego que devora, la llama que calcina.

El Ejército del Día corre como guerreros, escala el muro como soldados, marcha sin romper filas. No hay caos en este apocalipsis. Hay una precisión aterradora, una coreografía de la destrucción que resulta más perturbadora que el desorden porque implica intención, que alguien ha pensado cada movimiento, que la ruina tiene arquitecto. El sol y la luna se oscurecen. Las estrellas recogen su luz. El cielo tiembla.

Joel es un milenarismo radical: el sueño es la restauración de un orden, la vieja tiene la boca llena de futuro, los hijos profetizarán, el sol convertido en oscuridad, la luna en sangre. Y antes del día grande y terrible del Señor, antes de ese umbral que no tiene otro lado, quien invoque el nombre será salvo.

La belleza es la de la imagen que detona su propio marco. Del versículo que empieza describiendo una plaga y termina rediseñando el cosmos. Es el profeta que entendió que lo sagrado irrumpe, que el lenguaje es el trueno, la langosta que no distingue entre lo que merece ser devorado y lo que no, el espíritu que cae sobre toda carne precisamente porque toda carne, en su fragilidad absoluta, en su hambre y en su sueño, es ya desde siempre el lugar donde lo divino ha querido, excesivamente, vivir.

La nevera y los sueños

Progresista ella, mi ciudad. Hace años, demasiados, décadas de hecho, unos entusiastas organizaron una feria alternativa donde se exhibían formas poco convencionales de arte y vida. Me acerqué curioso, buscando medir cuánto error se concentraba en mi existencia mundana y si aún estaba a tiempo de rectificar. Pobre era la muestra, pero me interesó un poeta joven al que auguré un gran futuro en el arte. Su obra consistía en unos sobres de plástico transparentes donde había introducido una hoja con sus versos y otra cosa sustantiva: un poco de su propia materia fecal. «Caca de poeta», la llamaba. El precio era razonable, pero como el poema apenas se intuía tras el excremento desparramado, decliné la oferta.

Había otro puesto donde se vaticinaba el fin de la economía de mercado, sustituida por el libre intercambio de bienes. También jóvenes, hablaban maravillas del experimento que acababan de iniciar en una casa alquilada; aquel inmueble era, como cierto garaje famoso de la historia, el momento fundacional de ese mañana libre que todos esperamos.

Antes de continuar, una variación lírica. En una casa ocupada, un viejo café abandonado, unos muchachos planearon una comuna radical. Jóvenes ellos, cabe decir, pues en aquellos tiempos las jóvenes ellas aún no habían descubierto los placeres de la fantasía. Unas semanas después de la inauguración por todo lo alto, con prensa y televisión incluidas, entrevistaron a uno de los ocupantes. Tenía un aspecto desvalido, de

esos que despiertan la misericordia del espectador. A preguntas del periodista, confesó que sí, que aquello era una gran idea, pero que los fines de semana sus compañeros regresaban a sus casas a ducharse, comer y dormir, dejándolo a él solo entre las inhóspitas paredes.

Regresemos a los que iban a fulminar el capitalismo: casa, habitaciones, desorden y nevera (¡atención, esto es importante!). Sigue el testimonio de uno de los... iba a decir jefes, pero supongo que el término no es apropiado. Lo que sea. Digamos que el joven compareció al cabo de un tiempo en la televisión local para informar de los progresos. Todo eran elogios, aunque se traslucía que en la casa familiar vivía mejor, pues las quejas por el desorden eran sentidas. Desgranó las ventajas, combatió con adjetivos al capital y otras perversiones, hasta que de pronto se detuvo en la nevera. De hecho, el problema clave de la nueva sociedad resultó ser ese: la despensa, los víveres, el sustento.

Para fundar la nueva era, adoptaron un principio leído en algún lugar. Traducido al vernáculo: si quieres sacar algo de la nevera, tienes que poner algo en ella. Esa cosa fraternal. Pero la cosa no funcionó; la nevera tendía a la soledad, se vaciaba, y a la hora de comer: narices. Se convocó una reunión ejecutiva para enmendar el fallo de diseño de la sociedad futura. Porque, seamos realistas, con la nevera vacía no hay futuro posible.

Este caballero que desgranaba el conflicto, un problema nada teórico, señaló que tras sendas reuniones hallaron la solución (¡cráneos afortunados!): emitirían unos papeles que recibirían todos aquellos que depo-

sitasen comida en la nevera, los cuales les darían derecho a consumir en proporción al objeto aportado. Para evitar que la fraternidad muriera de inanición, cuantificaron el entusiasmo. Habían completado el círculo: de la utopía al desierto de la nevera, llegando al puerto del que pretendían escapar: habían inventado el dinero.

Mentiras con decimales

Los sistemas educativos del mundo anglosajón llevan décadas embarcados en una hazaña intelectual grande: destruir lo que pretendían corregir, pero con métricas cabales. Si algo puede medirse, puede mejorarse; y si puede mejorarse, sin duda está mejorando, aunque nadie sepa muy bien qué.

En Estados Unidos, *No Child Left Behind* convirtió las aulas en fábricas de exámenes: menos ciencias, menos artes, menos educación física; más entrenamiento para responder bien a una prueba que luego se presentaba como prueba de que todo iba mejor. Funciona con una lógica impecable: si premias el número, obtienes el número. Si además castigas al que no lo produce, obtienes obediencia, ansiedad y gráficas muy limpias.

El Reino Unido no se quedó atrás y decidió trasladar el mismo impulso a las universidades. El resultado fue previsible: recursos concentrados donde miraba la métrica y abandono discreto de lo que no sumaba puntos. Una universidad podía ascender en la tabla y seguir siendo un sitio mediocre con pretensiones globales. La excelencia puede maquillar la realidad.

La policía, por su parte, aprendió la lección con una rapidez asombrosa. Si te evalúan por la criminalidad registrada, tu misión deja de ser reducir el crimen y pasa a ser reducir lo registrado. En Nueva York, la creatividad burocrática alcanzó cotas notables: delitos rebajados de categoría, denuncias desin-

centivadas, estadísticas limpias y barrios que seguían igual de expuestos. Sobre el papel, la ciudad se transformaba en un paraíso. En la calle, el crimen continuaba con su rutina.

Es una lección sencilla: cuando obligas a las personas a maximizar un número, obtendrás un número maximizado, un número impecable. Y, con el tiempo, ese número deja de ser una medida para convertirse en un objetivo, y finalmente en una ficción compartida que todos mantienen porque todos dependen de ella. Un mundo que solo existe en las métricas es, por definición, un mundo sin problemas.

Las cuatro de la mañana, en Madrid

Mientras la ciudad duerme, un grupo de jóvenes hace fila frente a una tienda. No esperan un concierto ni entradas para un evento histórico: esperan probar un pintalabios de Selena Gómez. La noticia es una radiografía de nuestro tiempo. El pintalabios ha dejado de ser un simple objeto para convertirse en la promesa de una transformación. Hacen cola por tocar simbólicamente a Selena Gómez, por poseer un fragmento de su mundo. La industria de la belleza dicta estándares, fabrica deseos y capitaliza la inseguridad femenina, perpetuando la idea de que el valor de una mujer reside en su apariencia. El cuerpo se vuelve así un proyecto inacabado que exige inversión constante. Llenamos el vacío con rituales de compra; el consumo ha reemplazado a la religión como creador de vínculos sociales. Y mientras la fila avanza, alguien, en algún lugar, hace balance.

Notas

La Ilustración fue un proyecto de emancipación racional. Kant lo formuló en su imperativo: *Sapere aude*, atrévete a saber. La minoría de edad, esa dependencia de tutores externos como la Iglesia, el rey o la tradición, debía ceder ante el uso autónomo de la razón. Así armada, la sociedad sería capaz de darse sus propias leyes morales.

Sin embargo, en ese proyecto latía una tensión: la razón autónoma, para ser verdaderamente libre, necesita un suelo, y ese suelo es histórico, comunitario y lingüístico. Nadie razona en el vacío; se piensa desde un lugar concreto, con las herramientas que una comunidad ha proporcionado y dentro de una tradición que ha enseñado qué preguntas merece la pena formular. La familia, la sociedad y el Estado son los andamios sin los cuales esta colapsa sobre sí misma. El individuo que se arranca de todo vínculo se disuelve. Y esas instituciones han sido metódicamente erosionadas.

La familia es la primera institución donde el ser humano aprende que existen obligaciones que no elige. Nadie negocia los términos de su infancia, y en esa ausencia de elección reside una lección moral profunda: existen deberes que preceden al contrato y vínculos que son reales precisamente porque no son arbitrarios. Cuando la familia se concibe exclusivamente como un contrato entre adultos, rescindible en cualquier momento, se pierde algo invaluable: la experi-

encia de la obligación incondicional. Sin esa formación, el individuo llega a la vida pública incapaz de asumir responsabilidades que no le reporten un beneficio inmediato.

La patria, entendida como suelo común de memoria y obligaciones y no como nacionalismo excluyente, plantea una cuestión filosófica distinta. Edmund Burke describió la sociedad como una asociación entre los muertos, los vivos y los que aún no han nacido. La fórmula es potente porque introduce una dimensión que el liberalismo contractualista tiende a ignorar: la temporalidad larga. Las instituciones, las tradiciones y las formas de vida compartidas son depósitos de sabiduría práctica acumulada durante generaciones. No son perfectas, pero tampoco arbitrarias: son soluciones provisionales a problemas humanos centenarios. Deconstruirlas sin haber encontrado sustitutos equivalentes es una apuesta temeraria, y lo que se juega en ella son las vidas de quienes vendrán después.

La comunidad, por último, es el espacio donde la identidad individual se forma en diálogo con el otro. Alasdair MacIntyre sostiene que el ser humano es esencialmente un animal que narra historias, y que esas historias solo cobran sentido dentro de tradiciones vivas. Sin tradición, sin comunidad, sin un *nosotros* que preceda y envuelva al *yo*, la identidad se convierte en un proyecto de bricolaje permanente: nunca acabado y siempre ansioso.

Todo esto se hace visible en la ciudad. Antes símbolo de la *polis* y del orden civilizatorio, hoy es espejo de la crisis, porque el espacio público es siempre la exterio-

rización de las formas de vida que lo habitan. En él tiene lugar la acción, la actividad más propiamente política, donde el discurso y la deliberación crean el mundo común. Su destrucción es el preludio del totalitarismo y de la barbarie: el retorno a la mera supervivencia animal cuando el espacio de la libertad compartida colapsa.

El espacio público supone un contrato implícito: que nos reconocemos mutuamente como ciudadanos, que compartimos reglas y que existe una autoridad cuya legitimidad aceptamos. Cuando ese contrato se deshace, ya sea por pérdida de cohesión identitaria o por erosión de la autoridad institucional, el espacio público se privatiza. Cada grupo reclama su territorio y la ley cede ante la fuerza. Lo que fue símbolo de la universalidad ciudadana se convierte en la frontera entre tribus que ya no comparten nada.

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué esta civilización ha derivado hacia este punto? ¿Hay alguna lógica interna, alguna necesidad estructural en este proceso? La respuesta es afirmativa. El proyecto moderno contiene en su seno una tensión que, llevada hasta sus últimas consecuencias, produce exactamente lo que vemos.

El liberalismo clásico resolvió esta tensión de manera pragmática. Reconocía la primacía moral del individuo, pero asumía, casi siempre de forma implícita, que los individuos estaban formados por comunidades, familias e instituciones que él no había creado ni tenía que crear: vivió durante siglos a expensas de un suelo cultural premoderno, cristiano, comunitario y familiar, que no podía regenerar una vez consumido.

El progresismo contemporáneo, heredero radicalizado de ese liberalismo, ha llevado la lógica emancipatoria hasta su extremo. Si todo límite es sospechoso de opresión, si toda norma es potencialmente coercitiva y toda identidad colectiva potencialmente excluyente, la deconstrucción sistemática de todos los vínculos se convierte en la conclusión lógica. Pero al destruir las condiciones que hicieron posible la libertad, destruye también la libertad misma.

Tras las páginas

Ha escrito una novela

Tiene poco más de veinte años, es conocida por su exposición mediática, y ha escrito una novela. Dice que habla de sus preocupaciones, de lo que piensa y siente, de lo vivido; que escribirla fue un acto de terapia, una forma de cerrar etapas, de hablar de lo amado y lo perdido. Asegura que se trata de situaciones que las generaciones anteriores no comprenderán. Al enfrentarme a estas palabras, reconocí el patrón: la levedad del narcisismo convertida en literatura, una entre las miles de novelas que desde hace décadas intentan hacernos cómplices de ensueños privados, confundiendo exposición con arte y confesión con profundidad.

Pero sucedió lo inesperado, de repente surgió la magia de la ternura, y vi, detrás del lenguaje sencillo y las situaciones banales, su fragilidad torpe y auténtica. La levedad se reveló como el síntoma de una generación navegando un mundo hiperconectado y profundamente solitario, cartografiando su caos interior con las únicas herramientas que conoce: la inmediatez y la confesión. Su afirmación sobre la incomprensión generacional dejó de sonar a arrogancia para mostrarse como la constatación de un paisaje emocional radicalmente nuevo, en el que late una humanidad frágil, perdida, profundamente conmovedora.

Aquí se advierte la voz del que ha aprendido a mirar la vida. El que, al contemplar las ruinas ve la confirmación de una certeza: todo cuanto el hombre levanta con orgullo está destinado a desaparecer. Itálica, Roma, Atenas, los reyes, los poderosos, los nombres gloriosos, las riquezas, la hermosura, la fuerza, la juventud; todo se convierte, tarde o temprano, en una forma de ausencia. La vida, porque se quiebra, obliga a buscar lo que no se deshace con la rapidez.

El que se reconoce en estos versos entiende que el tiempo es destructor y maestro. En *Canción a las ruinas de Itálica*, Rodrigo Caro convierte la ciudad caída en símbolo de la condición humana: lo que fue esplendor se torna desolación, lo que fue templo queda en silencio, lo que fue grandeza se reduce a memoria. La ruina es una lección moral. Enseña que la historia repite la misma ley que rige la vida individual: nacer, crecer, brillar, caer. La belleza del poema nace de la mezcla entre dolor y lucidez, entre admiración por lo perdido y aceptación de su destino.

La misma enseñanza atraviesa las *Coplas por la muerte de su padre*. Jorge Manrique habla desde una conciencia profundamente cristiana y humana: la vida es camino, la muerte es término, y nada de lo mundano permanece. Escuchar estas coplas es sentir que la voz del poeta desnuda la pérdida de toda ilusión. La fama, los estados, las riquezas, la hermosura y la nobleza se vacían como bienes frágiles. Lo único que parece resistir es la virtud, la memoria moral y la esperanza en

una vida más alta. Por eso estas coplas conmueven todavía: lamentan la muerte de un hombre y la fugacidad de cuanto parecía firme. Y, sin embargo, evitan la tristeza estéril; hay una serenidad conquistada, una aceptación grave que transforma el dolor en sabiduría.

En la *Epístola moral a Fabio*, la lección se vuelve más íntima, más civil. El que habla contempla las ruinas del pasado y la muerte de los grandes señores; contempla el teatro del mundo presente, con sus ambiciones, sus favores, sus esperanzas cortesanas y su vano deseo de ascenso; y propone una retirada del ruido, una vida medida, un sosiego ganado por renuncia. Se trata de libertad interior. El que escribe sabe que el alma se fatiga cuando persigue sin descanso lo que el mundo promete y no entrega del todo. La propuesta es radical y humilde: reducir el deseo, amar la quietud, contentarse con poco: un libro, un amigo, un rincón sereno, despojarse de la idolatría del éxito.

De los poemas surge un tipo de ser humano que no se entrega al aplauso ni al brillo externo, alguien que valora la verdad en el dolor. El que se refleja en estos versos tiene una sensibilidad inclinada a la contemplación: una mirada que juzga, que compara, que recuerda, que interpreta el mundo a través de sus pérdidas. Su inteligencia no es fría, porque los poemas están llenos de emoción, tampoco ingenua: sabe que el encanto del mundo oculta su caducidad.

Estos poemas forman a un espíritu exigente. Por eso siguen resonando con fuerza en quien los lee con cercanía. Porque hablan de una experiencia siempre nueva: el descubrimiento de que vivir consiste también en soltar: el poder, la apariencia, la juventud, la

seguridad, la ilusión de permanencia. La belleza está en las palabras que predican desde la fragilidad compartida.

Al final, todo pasa. Se pierden los palacios, los favores, los cuerpos; permanece la memoria justa, la virtud, la palabra y la serenidad de quien ha sabido vivir con conciencia. Cierto, describen la ruina del mundo, pero también una manera de estar en él: sobria, noble, profundamente humana,

antes que el tiempo muera en nuestros brazos

... i els de dalt

Sin hilos no hay dirección ni raíces. Burke lo intuyó al mirar la sociedad como un tejido vivo, frágil y tenaz, sostenido por hebras invisibles que atraviesan el tiempo. La civilización es una «alianza sagrada entre los muertos, los vivos y los que aún no han nacido». Los que caminamos hoy no somos dueños absolutos del patrimonio recibido: somos apenas albaceas de una herencia que nos precede y nos sobrepasa. Las leyes, las costumbres, las instituciones son el legado que de-bemos perfeccionar con prudencia y entregar, intacto en su esencia, a quienes vendrán después. Romper esos hilos es condenarse a flotar sin ancla ni rumbo, arrastrados por cada nueva moda del espíritu. El verdadero afecto social brota de lo próximo y concreto: el hogar, la parroquia, el vecindario. La sabiduría sedimentada a lo largo de los siglos nos permite obrar con rectitud sin tener que reconstruir cada día, desde la nada, el sentido del bien.

Ella, el mal en *La Regenta*

Leopoldo Alas, *Clarín, La Regenta,* Barcelona,1884-1885.

Arquetipo de la pura inmanencia, que insiste en que nada debe existir más allá de su propio dominio y control. Horizonte cerrado que niega toda posibilidad de escape o de alteridad. Su mundo es el único mundo posible, y su ley es la ley última. Al impedir el crecimiento y la ascensión espiritual (lo *espiritual* como símbolo de autonomía, creatividad y búsqueda de significado propio), condena a la existencia a girar eternamente en la órbita de sus propios deseos y ambiciones materiales, sin salida. Sistema cerrado que consume toda energía en su propio mantenimiento.

Pragmatismo brutal que es estructura epistemológica que define la verdad como lo que es útil para la conservación y expansión del propio sistema de dominio. La moral es la eficacia: lo bueno, lo que fortalece el sistema (la supervivencia, la ascensión social); lo malo todo lo que amenaza con disgregarlo (la autonomía, los valores ajenos al sistema, la espiritualidad desvinculada del poder material).

Todo saber, toda relación, toda emoción es reducida a su valor instrumental. El amor es la herramienta más eficaz para el control, porque se presenta como desinteresado cuando en realidad es la forma más sutil de posesión. El gobierno interno de la psique por un principio externo; la internalización de la ley del sistema, hasta el punto en que el individuo cree que sus cadenas son sus propias elecciones.

Este es el mecanismo maestro, porqué se presenta como protección; como hogar. Esto hace que la rebelión sea un acto de aparente ingratitud y locura, cargado de culpa. La suprema herejía: afirmar una soberanía fuera del sistema. Por eso, la fuerza de retención se ejerce con tanta violencia: es la defensa de un orden amenazado.

Su tragedia reside en que, al impedir el crecimiento auténtico, condena a todo lo que controla a una existencia parasitária de su propia fuerza, negándole la posibilidad de llegar a ser lo que es. Al final, termina creando la única muerte verdadera: la de una existencia que nunca llegó a ser propia. La tierra árida que niega el cielo.

La seduzione dell'abisso

Florian Huber, *Promettimi che ti ucciderai,* Milano, 2020.

Cuando Melita Maschmann tenía quince años, asistió con sus padres conservadores a la marcha de antorchas del 30 de enero de 1933 en Berlín. Mientras observaba, sintió algo que la avergonzó profundamente: envidia. Diez días después desafiando la prohibición de sus padres, se unió en secreto a las Juventudes Hitlerianas. Acababa de comenzar, como lo llamaría décadas después, su tiempo de lucha.

La historia de Melita no es excepcional. Huber documenta meticulosamente cómo millones de jóvenes alemanes fueron seducidos por un movimiento que les ofrecía exactamente aquello de lo que carecían sus vidas: significado, pertenencia y la embriagadora sensación de ser importantes. El nazismo sedujo a la juventud alemana mediante una comprensión precisa de las necesidades emocionales de los adolescentes. El primer mecanismo era simple pero efectivo: el reconocimiento. En una sociedad donde los jóvenes eran invisibles, donde las jerarquías tradicionales los mantenían sumisos y silenciosos, el nazismo les dijo: sois el futuro, sois indispensables.

Lore Walb, una estudiante de quince años, recibió para su cumpleaños en 1933 un cuaderno vacío, una camisa marrón como la de Hitler y un broche con la esvástica. Comenzó a llenar ese cuaderno con una devoción religiosa, documentando cada discurso del Führer, cada victoria territorial, cada ritual del partido, escribió: «Era gratificante sentirsi utile ed era sti-

molante sfruttare le mie capacità oratorie». Por primera vez en su vida, alguien necesitaba sus habilidades. Por primera vez, ella *importaba*.

No era un reconocimiento abstracto. El nazismo ofrecía roles concretos, uniformes distintivos, responsabilidades reales. Johann Radein, que tenía apenas diez años, nunca olvidaría su ceremonia de iniciación: «È un'esperienza meravigliosa cantare e marciare in formazione chiusa». Era la experiencia de *pertenecer*, de formar parte de algo más grande que uno mismo.

El nazismo ofrecía *éxtasis*. Los rituales del movimiento estaban cuidadosamente diseñados para producir estados emocionales extremos. Cuando Renate Finkh, a los diez años, juró lealtad al Führer bajo un círculo de antorchas, sintió algo que transformó su percepción de sí misma: «La solennità del momento, si impossessa di me, sollevandomi e facendomi sentíre incredibilmente importante».

Huber identifica aquí el principio fundamental de la pedagogía nazi para jóvenes. Se trataba de *contagiar* mediante emociones, no de argumentos. Los rituales nocturnos, las marchas cantadas, las banderas flameantes, el fuego de las antorchas: todo estaba calibrado para producir experiencias de intensidad casi religiosa. Johann Radein reconoce décadas después la naturaleza adictiva de esos momentos. A los once años, ya cantaba himnos a la muerte. Y lo hacía *voluntariamente*, incluso *gozosamente*.

En el centro de todo este sistema emocional estaba la figura de Hitler. Para una generación cuyos padres habían sido humillados por la derrota de 1918 y la miseria de Weimar, Hitler representaba algo más

que un líder político: era una figura paterna redentora. Johann Radein colgaba el retrato de Hitler junto al crucifijo en la sala de su casa. Cuando escuchaba los discursos radiofónicos del Führer: «credeva che dalla bocca del Führer uscisse la parola di Dio». No era una metáfora. El genio perverso del sistema era que implicaba a los jóvenes gradualmente en sus crímenes, haciéndolos cómplices antes de que pudieran comprender las consecuencias.

Cuando la guerra comenzó a perderse, estos jóvenes se encontraron en una trampa existencial. Habían invertido toda su identidad en el movimiento. Para quienes solo habían conocido el nazismo un mundo sin Hitler era inimaginable. Tras la capitulación, la madre de Martin Sieg se suicidó a la llegada del ejército rojo, y el se preguntaba «Che senso aveva continuare a vivere?».

Los jóvenes que se suman a movimientos extremistas, bajo la esvástica, la hoz y el martillo, el dogma religioso o la nación, no son anomalías. La antropología sugiere una verdad más incómoda: su entrega es una manifestación de necesidades humanas universales. En casi todas las culturas tradicionales, el paso de la infancia a la adultez está marcado por ritos de iniciación, que proporcionan identidad, propósito y un lugar claro en el cosmos. Al desmantelar estas ceremonias, las ideologías extremas operan como ritos de iniciación sustitutos. Atraen por su promesa de orden y significado: la euforia donde el individuo siente que se funde con la masa.

Para un joven que experimenta la soledad o la impotencia, marchar al unísono o cantar una consigna

es una experiencia biológica, trascendental. En ese momento, el «yo» desaparece para dar paso al «nosotros». Para fortalecer ese vínculo interno, la ideología siempre construye un «otro» deshumanizado. La lealtad al grupo se convierte en la máxima virtud, incluso por encima de la propia brújula moral.

El joven se ve a sí mismo como un arquitecto del futuro, un héroe que sacrifica su individualidad por una causa sagrada. El extremismo se alimenta de lo que nos hace profundamente humanos.

Decatur, contra piratas

Brian Kilmeade and Don Yaeger, *Thomas Jefferson and the Tripoli Pirates,* New York, 2015.

La sumisión europea a la piratería de la costa de África y la decisión de Estados Unidos de ponerle fin marcan un contraste frente a las potencias establecidas. Durante siglos, las naciones norteafricanas (Argelia, Marruecos, Túnez y Trípoli) hostigaron el comercio marítimo internacional, tanto en el Mediterráneo como en las costas noroccidentales de África y la península ibérica. Las potencias navales europeas, como Francia y Gran Bretaña, pero también Dinamarca, Suecia y Portugal, optaron por una política de rendición, pagando tributos y sobornos anuales a los gobernantes locales para asegurar la inmunidad de sus flotas mercantes.

Durante siglos, las costas españolas sufrieron las incursiones de barcos que saqueaban y secuestraban a los habitantes de las poblaciones costeras para convertirlos en esclavos. El rescate de los cautivos se convirtió en un negocio, con elevadas sumas exigidas para su liberación. Numerosos viajeros de la época dejaron testimonio de esta cruda realidad.

En 1599, Cuelbis, cerca de Vila-real, observó que «no es siempre seguro de passar este camino por que suelen algunas vezes llegar las fustas y galeotas del enemigo, de los moros, y hechar pie en la tierra, robar ganado, hombres y todo lo que encuentran». Por el camino encuentra una «compañía de los esclavos christianos que entonces venieron de Africa librados

por el Santo Officio de La Trinidad, que cuentavan muchas maravillas».

Barthélemy Joly, en 1603, relató: «superamos un paso de montaña llamado collado de Balaguer, que es uno de los más peligrosos de España debido a los moros que vienen de la Barbería. Se esconden en sus vergantines de día, y de noche bajan al suelo en silencio en grupos de dos o trescientos y sorprenden las villas y cazan todo lo que encuentran, hombres, mujeres y niños y lo queman todo antes de marchar. A lo largo de las costas hay torres de vigilancia y atalayas guardadas de día y noche. Todas las noches cada una enciende un fuego y cuando hay dos es la señal que hay moros. De día hacen una humareda espesa dando la señal de torre en torre y en un instante llega de Cartagena a Narbona».

En su libro, Brian Kilmeade nos acerca una historia poco conocida que se remonta a finales del siglo dieciocho, cuando William Eaton, cónsul estadounidense, se indignó al constatar la prolongada tolerancia de las naciones europeas ante las incursiones de los piratas berberiscos en las aguas internacionales del Mediterráneo. Un ministro tunecino llegó a declarar que el dey de Argel recibía tributos de «siete reyes de Europa, dos repúblicas y un continente». Tras su reciente independencia, Estados Unidos también intentó una política de apaciguamiento bajo los mandatos de los presidentes George Washington y John Adams. Sin embargo, estos esfuerzos diplomáticos, destinados a comprar la paz, se vieron frustrados por los exorbitantes sobornos exigidos, inasumibles para el joven tesoro estadounidense.

El ataque y la reducción a esclavos de marineros estadounidenses, como la tripulación del *Dauphin* en 1785, convencieron a Thomas Jefferson de que la política de sumisión era ineficaz. Desconfiaba de la voluntad de las potencias berberiscas para mantener su palabra, incluso si se compraba la paz. Tras calcular que la creación de una pequeña armada resultaría menos costosa que la suma total de los rescates, sobornos y pérdidas marítimas, Jefferson decidió tomar medidas enérgicas contra las potencias verberiscas. En 1801, ordenó el envío de una «escuadrilla de observación» al Mediterráneo, comandada por Richard Dale, para proteger el comercio estadounidense y demostrar la determinación del país.

En mayo de 1801, Trípoli declaró formalmente la guerra a Estados Unidos. El teniente Andrew Sterett, a bordo del *Enterprise*, proporcionó a su país la primera victoria naval al inutilizar un barco tripolitano en agosto de 1801. Tras años de frustración y la humillante captura del *Philadelphia*, el Congreso finalmente autorizó el uso de la fuerza en febrero de 1802 permitiendo a Jefferson desplegar los barcos necesarios para proteger los intereses estadounidenses. Acciones audaces como la incursión de Stephen Decatur para incendiar el *Philadelphia* frente al pasha de Trípoli, y la campaña terrestre de William Eaton en Derna, obligaron a los líderes berberiscos a respetar a los estadounidenses. Aunque la guerra concluyó con un tratado que incluía el pago de un rescate por los prisioneros del *Philadelphia*, la nueva política de confrontación militar se mantuvo.

La piratería resurgió durante la Guerra de 1812, pero en 1815 el capitán Stephen Decatur recibió la

misión de erradicar la amenaza de una vez por todas. Al mando de la flota más grande enviada hasta entonces, Decatur derrotó rápidamente a la armada argelina y negoció tratados en Argel, Túnez y Trípoli, poniendo fin a la práctica secular del pago de tributos. Esta fue la primera vez que Estados Unidos *salvó* a Europa; otras vendrían después.

El legado fue el surgimiento de la Marina de los EE.UU. como una fuerza a tener en cuenta en mares extranjeros y el primer despliegue de fuerzas terrestres y navales conjuntas fuera del hemisferio occidental, lo que recuerda el himno de los Marines:

From the Halls of Montezuma
To the shores of Tripoli;
We fight our country's battles
In the air, on land, and sea;
First to fight for right and freedom
And to keep our honor clean;
We are proud to claim the title
Of United States Marine.

En el silencio

Encontré en Adolfo Alessandrini, en sus palabras, el sentido de mi mirada perdida en estas hojas, en el árbol, y en un día ya lejano, toda una noche, que pasé solo en medio de un bosque, alarmado por la vida que se desataba a mi entorno, diálogo que no alcancé a descifrar en mi anciana juventud:

> La soledad puede ser una gran compañía caminando por las montañas, por los bosques, mientras se admira el paisaje natural. Pero es una mala compañía en la ciudad. Los caminos de la soledad son trayectos de esperanza, no de dolor, porque dejan comprender y contemplar las manifestaciones de la naturaleza, el camino de la vida, la jerarquía y el valor de los sucesos. El que ama y vive la naturaleza siente el deseo de observar, no de hablar. Las mejores ideas surgen en silencio.

Los que vivimos en El Quijote nos reconocemos en este entorno apacible; que habita el silencio del pájaro, del río, del viento en el árbol, que este testigo que escribe, ha soñado tantos años, mi lugar ameno:

> Llegaron, en estas pláticas, al pie de una alta montaña que, casi como peñón tajado, estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más nueva; ofrécesele a los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta,

que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan.

Sigo el recorrido del silencio, en Thomas Hood.

There is a silence where hath been no sound,
There is a silence where no sound may be,
In the cold grave—under the deep deep sea,
Or in the wide desert where no life is found,

Which hath been mute, and still must sleep profound;
No voice is hush'd—no life treads silently,
But clouds and cloudy shadows wander free,
That never spoke, over the idle ground:

But in green ruins, in the desolate walls
Of antique palaces, where Man hath been,
Though the dun fox, or wild hyena, calls,

And owls, that flit continually between,
Shriek to the echo, and the low winds moan,
There the true Silence is, self-conscious and alone.

La obra de Sara Maitland nos acerca el silencio y su búsqueda no es una huida del mundo, se trata de un camino hacia una versión más profunda de él. Ya sea en la vastedad de los páramos, la intensidad del desierto o el misterio del bosque, el silencio se convierte en un espejo donde nos encontramos a nosotros mismos.

Estoy sentada frente a la puerta de mi pequeña casa, con una taza de café, mirando hacia el valle, a mi asombroso

> panorama de la nada. Es maravilloso. En realidad no es que sea *nada*, son formaciones de nubes y las diferentes formas del carrizo, la hierba áspera, el brezo y los helechos que se mueven con el viento, y los colores cambiantes, no solo durante el año sino a lo largo del día, como el sol y las nubes, que se alternan y transforman. [2]

Maitland define el silencio como una presencia física, tangible y poderosa: «un mundo entero, colocado junto al que conocemos y oímos». En su búsqueda descubrió que el silencio no es uniforme. Al igual que el vino, posee textura, sabor y densidad, según el paisaje que lo acuna. Esta es la cartografía que traza su viaje hacia Gran Nada (Huge Nothing).

En primer lugar: los páramos (moorlands) y las Tierras Altas, el terreno oficial del silencio. En estos paisajes despojados, donde el horizonte corta con nitidez entre la tierra y el cielo, ocurre una especie de limpieza mental. Al reducirse los estímulos visuales, los sentidos se agudizan. Describe una respuesta de asombro ante lo sublime, lo duro y esencialmente inhumano de la naturaleza. Sin árboles que obstruyan la vista, caminar se vuelve un acto meditativo. En esa Gran Nada, uno comienza a percibir las melodías y los ritmos silenciosos del mundo: el vuelo de una lechuza o el grito agudo de un arrendajo subrayan el silencio, acentuado la majestuosidad de las colinas. El páramo ofrece una verdad desnuda, ventosa y cruda que invita a la contemplación absoluta.

En segundo lugar: el desierto. Si los páramos encarnan el silencio de la tierra, el desierto es el silencio del cosmos. En el Sinaí halló el silencio más profun-

[2] Sara Maitland, *A Book of Silence,* London, 2008.

do y radical de su vida: una gran nada caliente. Allí, la ausencia de sonido es tan total que el silencio se vuelve audible. Uno empieza a escuchar su propio cuerpo: el zumbido del sistema nervioso, el flujo de la sangre por las venas. Es ese murmullo de baja frecuencia que los místicos han llamado el canto de las esferas. Un paisaje peligroso y exigente, el mismo que eligieron los primeros eremitas cristianos, escenario ideal para el vaciamiento del ego y la escucha interior.

En tercer lugar: el bosque. Aquí traza una distinción fundamental entre lo abierto y lo cerrado. Los páramos liberan, el bosque encierra. Nuestra relación con los bosques está marcada por un miedo atávico, heredado de los cuentos de hadas y del terror primordial ante lo salvaje. El silencio es radicalmente distinto al de las montañas: los árboles bloquean la visión, limitan el horizonte. El silencio del bosque se siente cargado de secretos y cosas escondidas, al acecho. Uno solo alcanza a ver el pequeño círculo en el que se encuentra; más allá, todo es misterio. No obstante, la selva tropical no es silenciosa: es densa, ruidosa y vibrante. Sus sonidos son repentinos y alarmantes, signos de una competencia feroz por la vida, muy lejos de la paz meditativa que ofrecen las tierras altas.

En Maitland el silencio es otra modalidad de presencia. Uno de los ejes más potentes de su obra es la idea de que el silencio nos devuelve al mundo. Frente a la noción habitual del silencio como retirada o evasión, lo entiende como una vía para intensificar la percepción de lo real. La forma mas profunda de habitar la vida. Se trata de afinar la sensibilidad para acceder a dimensiones del mundo que emergen cuan-

do cesa la saturación. Cada paisaje ofrece un modo distinto de este acceso, y así la búsqueda se transforma en una meditación sobre la pluralidad de los modos de ser y de conocer.

El arcipreste goloso

El Arcipreste de Hita se oculta tras un espejo de dos caras: advertencia moral y guiño pícaro. En cada página desliza la tentación al mismo tiempo que previene contra ella, trampa sugerente y triunfo de la ironía de un genio que invita al loco amor, como bien saben los clérigos de Talavera.

> Con buena voluntad salvaçión et gloria del paraíso para mi ánima, fiz esta chica escritura en memoria de bien: et compuse este nuevo libro, en que son escritas algunas maneras e maestrías et sotilesas engañosas del loco amor del mundo, que usan algunos para pecar. Las quales leyéndolas et oyéndolas omen o muger de buen entendímiento, que se quiera salvar, descogerá, et obrar lo ha. Et Dios sabe que la mi intençión no fuer de lo faser por dar manera de pecar ni por mal desir, más fuer por reduçir a toda persona a memoria buena de bien obrar et dar ensiempro de buenas costumbres e castigos de salvaçión [pero] porque es humanal cosa el pecar, si algunos, lo que non los consejo, quisieren usar del loco amor aquí fallarán algunas maneras para ello.

Tiempo de *carnes-toltes,* cuando se prohíbe comer carne, y nos cuenta que Dios manda a Santa Cuaresma, «algoaçil de las almas, que se an de salvar», poner orden porque don Carnal no se aviene a razones: «goloso, que te non coydas fartar, envíote el ayuno por mí desafiar». Le convoca con su hueste al campo de batalla, «darvos he lid sin falla; de muerto o de preso non podrás escapalla». La alegoría se construye como parodia épica donde don Carnal representa los

placeres mundanos, la abundancia alimentaria y los impulsos carnales, y doña Cuaresma la penitencia, el ayuno, la disciplina espiritual.

Cuando leo al Arcipreste, alcanzo el placer de una obra asombrosa y vivaz: es el ritmo, la belleza de las palabras, la música del verso, el puro goce pasa por la percepción. Juan Ruiz escribe para la vida; sus versos son carne, risas, guiño cómplice, tamboril en plaza llena. Hay pasajes en los que juraría escuchar al público medieval: la carcajada desbordada, el griterío del mercado. Aquí, la palabra no sirve para explicar el mundo: lo celebra.

El día señalado para el desafío, don Carnal se acerca «de gentes muy guarnidas muy bien acompañado». Es un desfile que el Arcipreste invoca; celebración de la vida en su forma más generosa. Cada animal, cada pieza de carne, cada aromático tesoro de la despensa avanza hacia su destino: vínculo que une a los hombres alrededor de la mesa, himno a la abundancia de la tierra que aún huele a bosque, a establo, a humo de leña.

El mundo se vuelve comida, la comida se vuelve lengua y la lengua se vuelve un goce que carga el aire de nombres hasta que el aire mismo se hace bocado; que la sabiduría ancestral transforma en celebración, el hambre en júbilo, en arte de vivir:

> gallinas, perdiçes, conejos, capones, ánades, lavancos, gordos ansarones, las ánsares, çeçinas, costados de carneros, piernas de puerco fresco, los jamones enteros, las puestas de la vaca, lechones et cabritos, muchos buenos faysanes, los loçanos pavones, vinieron muchos gamos, el fuerte jabalí, muy ligero el çiervo, vino presta e ligera al alarde la liebre, vino el cabrón montés con corços e

> torcasas, vino su paso a paso el buey viejo lindero, estava don toçino con mucha otra çeçina.

A media noche, aparece doña Cuaresma con su séquito de habitantes del mar y comienza la batalla contra don Carnal y los animales terrestres; toda la animalia marítima avanza: «feriendo e matando»:

> la salada sardina, viníen las grandes mielgas en esta delantera, los berdeles e gibias, veníen las anguilas, las truchas de Alberche, el atún, de parte de Bayona veníen muchos caçones, del río de Enares venían los camarones, vino la lija, de Santander vinieron las bermejas langostas, arenques et besugos vinieron de Bermeo, las sabogas valientes, el delfín, la noble lamprea, el sollo, el pulpo, allí lidian las ostras, los ásperos cangrejos, congrio, çeçial, don salmón, la gigante ballena.

La batalla termina, derrotadas «las carnosas gentes», «como estaba ya con muy pocas compañas, el jabalín et el çiervo fuyeron a las montañas». Contra don Carnal: «la mesnada del mar físose un tropel, fincaron las espuelas, dieron todos en él, non lo quisieron matar, hobieron duelo d'él, a él e a los suyos metieron en un cordel. Mandó a don Carnal, que guardase el ayuno, et que lo toviesen ençerrado a do non lo vea ninguno, si non fuese doliente o confesor alguno, et que l' diesen a comer al día manjar uno».

El Arcipreste predica y seduce, ayuna y festeja, condena y celebra. Es el clérigo y el juglar, la moral y la carne, la sardina y el jabalí. Don Carnal cae preso y la penitencia llega, pero el banquete ya ocurrió, y el lector, cómplice, sabe que volverá.

El poeta en camino [3]

«Mucho se ha escrito sobre los viajes, pero mucho menos sobre el camino». Conocí por azar la obra de Edward Thomas y traducí un fragmento de *The Icknield Way*. Poeta y prosista inglés de páginas maravillosas, de una obra que representa una exploración singular de la naturaleza y la vida rural de su país. Mirada a lo que desaparece lento; sensibilidad forjada en la experiencia directa de recorrer a pie el sur de Inglaterra; emoción del paisaje; y su último camino, muerte en la batalla de Arras, a los 39 años.

En su obra, la naturaleza es entidad activa, compleja, multifacética, que ocupa el centro del escenario. Su escritura presenta una visión del mundo natural como fuerza profundamente dual, a la vez santuario idílico y poder indiferente, que registra la historia y la memoria, y es espejo para la sensibilidad del hombre moderno.

El paisaje del sur de Inglaterra se revela en sus textos como protagonista que moldea la conciencia, evoca reflexiones filosóficas y confronta al individuo con su propia fugacidad y deseo de pertenencia. El poeta es un peregrino literario, un observador cuya perspectiva se forja a través de la experiencia directa, donde cada paso sobre el suelo inglés es una lectura

[3] *The Woodland Life* (1897), *The Heart of England* (1909), *The South Country* (1909), *The Country* (1913), *The Icknield Way* (1913), *In Pursuit of Spring* (1914), *A Literary Pilgrim in England* (1917), *Last Poems* (1918), *Cloud Castle and other papers* (1922).

de las capas de significado acumuladas en la tierra como en las páginas de un manuscrito antiguo.

En numerosos pasajes, retrata la naturaleza como fuente de belleza, paz y renovación espiritual. Su prosa se colma de imágenes que construyen una visión casi edénica, donde el consuelo se encuentra en los detalles más elementales del paisaje. El «encanto salvaje y airado de cientos de mirlos, tordos y alondras» se convierte en la banda sonora de un mundo en armonía. La luz adquiere una cualidad trascendente bajo el fuerte viento, que lo revuelve todo con su carácter divino.

La flora exuberante, jacintos, anémonas y prímulas, tapiza los bosques y las riberas, componiendo cuadros de una belleza pura que eleva el espíritu. Estas imágenes transmiten estados de ánimo positivos y una profunda conexión con el entorno. Como se afirma en sus textos, «el amor a la tierra significaba para él más de lo que comúnmente se entiende por amor a la Naturaleza», una conexión que otorgaba «sustancia y estabilidad» al ser humano.

El poeta integra elementos históricos en sus descripciones, dotando al paisaje de una profunda resonancia temporal. Al caminar por Salisbury Plain, los túmulos y antiguos terraplenes son presencias que traen a la mente «el hecho de que los muertos son más numerosos que los vivos». Estas estructuras milenarias actúan como portales al pasado, conectando al caminante moderno con una continuidad ancestral.

Los lugares antiguos, como el Hog's Back, «deben haber tenido un camino a lo largo desde que el hombre anduvo erguido», funcionando como arterias de la memoria colectiva. Las ruinas, los restos de cam-

pamentos y los nombres de los lugares son vestigios que se resisten al olvido, cargando el entorno de un sentido de permanencia que contrasta con la transitoriedad de la vida individual. El paisaje se convierte así en testigo silencioso de la historia humana, y caminar sobre él es un acto de comunión con el pasado.

Con sensibilidad, documenta la frontera donde lo rural y lo urbano colisionan, que se manifiesta en la transformación física del entorno y en las figuras humanas que lo habitan. Su prosa se articula en torno a una tensión fundamental: el individuo aislado frente al ser inmerso en la comunidad. La figura es el propio narrador, que recorre el paisaje a pie o en bicicleta. En sus crónicas, como *In Pursuit of Spring*, se sitúa como observador que se mueve a través de las comunidades sin llegar a integrarse plenamente en ellas.

Aquí, el mundo natural trasciende la función de mero telón de fondo; es un espacio mediador donde la tensión entre soledad y comunidad encuentra su más profunda resolución. En el paisaje, la soledad del individuo se transforma, permitiéndole experimentar su sentido de pertenencia a un orden más perdurable que la sociedad humana. La naturaleza se convierte en refugio para el alma aislada y en vehículo de una comunión universal.

A través de narrativas simbólicas, viajes introspectivos y meditaciones sobre la literatura y el mito, examina la soledad, el paso del tiempo y la búsqueda de un significado espiritual, ofreciendo una meditación compleja y conmovedora sobre el lugar del individuo en el mundo moderno.

He escrito un libro

Hay libros que se habitan; he escrito uno. No es un territorio con fronteras definidas; es un espacio fluido donde el tiempo se pliega sobre sí mismo; donde una conversación se interrumpe para escuchar el rumor de la infancia en un aljibe; donde resuena el eco en la biblioteca olvidada del amigo muerto. Sin sendero trazado, cultiva preguntas. Contempla el mundo con la incertidumbre de quien lo ve por primera vez. La mirada asombrada propone el arte de ver a quien conversa con sus muertos; la casa en ruinas donde un árbol ha echado raíces; los papeles de un archivo que esconden vidas que nadie más recordará.

Donde la memoria no es nostalgia, territorio sin fronteras donde habita lo perdido. Cuando los últimos testigos desaparezcan y nadie reconozca a gentes anónimas ¿qué quedará de todo lo vivido? Solo la palabra que intenta detener el tiempo, la frase que rescata del olvido lo que nunca tuvo historia.

Camino entre ruinas: de piedra, de sueños, de certezas, de mundos que se desvanecieron y revelan lo que permanece cuando todo ha sido barrido. Instantes de gracia donde el tiempo se detiene *frente a la luz del ocaso*, *con un libro en la mano*, en la contemplación de un paisaje. La única eternidad que nos ha sido dada. En la soledad, la lectura es conversación, y la escritura, una forma de preservar lo que se desvanece, para hacer habitable la existencia. Recorrido por un territorio sembrado de señales, diálogo con voces del pasado; al final, las formas de las preguntas.

Ortega, 2026

Hay libros que envejecen mal y libros que envejecen demasiado bien. *La rebelión de las masas*, publicado por José Ortega y Gasset en 1930, pertenece a la segunda categoría. Releído desde la España de 2026, produce esa sensación peculiar de quien encuentra en un espejo antiguo un rostro reconocible.

El diagnóstico de Ortega era antropológico: la civilización moderna había producido un tipo humano nuevo, el *hombre-masa*, caracterizado por su disposición interior. Este individuo se siente «igual a todos los demás» sin haber realizado ningún esfuerzo para serlo, exige derechos como si fueran dádivas naturales y rechaza toda obligación o excelencia como una afrenta personal. No es el pobre ni el ignorante: puede ser un tecnócrata, un líder sindical o un político con título universitario.

España en 2026 ofrece abundante material para esta tesis. El discurso político dominante comparte una estructura orteguiana: la elevación del agravio como categoría política fundamental, la desconfianza sistemática hacia cualquier forma de competencia o distinción, y la sustitución del argumento por la aclamación tribal. Cuando un partido convoca a sus bases para aplaudir, cuando el debate parlamentario se ha convertido en teatro de señales de pertenencia, estamos ante lo que Ortega llamaba «la acción directa»: la masa que suprime la mediación de la razón y actúa por presión bruta.

Anticipó una paradoja que hoy es evidente: la democracia, al triunfar plenamente, genera las condiciones para su propia degradación. Cuando todo queda sometido al veredicto inmediato de la mayoría, desaparecen los espacios donde se incuba la excelencia, la deliberación lenta y el conocimiento especializado. La *hiperdemocratización*, como él la llamaba, es democracia sin sus fundamentos liberales: sin respeto a las minorías, sin independencia judicial, sin prensa libre, sin universidades autónomas. En la España actual, la tensión entre legitimidad popular y estado de derecho se ha vuelto el eje de casi todos los conflictos políticos. Ortega habría visto el resultado lógico de un sistema que ha perdido la noción de que la democracia requiere instituciones que no dependan de la voluntad de cada mayoría coyuntural.

Uno de los aspectos más visionarios de *La rebelión de las masas* es su apuesta por la unidad europea. Para Ortega, los estados nacionales habían quedado reducidos a unidades demasiado pequeñas para los problemas del siglo XX. Europa necesitaba construir algo semejante a lo que fueron los reinos medievales respecto a los pequeños señoríos: una instancia superior de integración que no anulase las diferencias nacionales sino que las articulara en un proyecto común.

En 2026, este diagnóstico sigue sin resolverse. La Unión Europea atraviesa una crisis de legitimidad que tiene mucho de orteguiana: sus instituciones son percibidas como lejanas y técnicas, incapaces de generar el tipo de lealtad emocional que siguen despertando los nacionalismos. España, atravesada por sus propias tensiones territoriales, ejemplifica la dificultad de

construir identidades superpuestas sin que ninguna cancele a las demás. Ortega lo había visto: el particularismo es siempre la tentación más grata, y siempre la más empobrecedora.

Hay una última lección, quizás la más incómoda. Ortega era elitista en el sentido que él mismo precisaba: no creía en la superioridad de sangre ni de clase; creía en la responsabilidad de quienes han recibido formación y tienen, por tanto, la obligación de pensar con rigor, hablar con claridad y resistir la presión del entorno. El intelectual, el periodista, el profesor, el científico, el escritor, tiene una función que no puede delegarse al mercado ni a la política: la de mantener encendida la llama de lo que llamaba «el nivel histórico», el listón mínimo de exigencia racional sin el cual toda civilización declina.

En la España de hoy, esa función atraviesa una crisis específica. La precariedad académica, la polarización de los medios, las redes sociales como economía de la atención inmediata y la cultura de la cancelación han creado un entorno en que decir cosas complejas, matizadas o impopulares tiene un coste creciente. El resultado es una homogeneización intelectual que Ortega habría reconocido como síntoma inequívoco de rebelión de las masas la proliferación de opiniones sin diferencias de calidad, la democratización del error.

El fin de una civilización

James Marriot. *The dawn of the post-literate society: and the end of civilization (2025).*

A mediados del siglo XVIII ocurrió una revolución silenciosa que transformó el mundo: la gente común comenzó a leer masivamente. Lo que había sido un privilegio de élites durante doscientos años tras la invención de la imprenta se democratizó. En Gran Bretaña, las publicaciones pasaron de 6.000 títulos en la primera década del siglo dieciocho a 56.000 en la última. La lectura se describió como una fiebre o epidemia que no conocía fronteras sociales.

Esta revolución cambió lo qué sabía la gente y cómo pensaba. Los libros imponen orden, lógica y racionalidad. Obligan a seguir argumentos, clasificar ideas y razonar de forma sistemática. No es casualidad que esta explosión de alfabetización coincidiera con la Ilustración, el desarrollo científico, el capitalismo moderno y el nacimiento de la democracia. El mundo que conocemos nació de esta revolución.

Ahora estamos viviendo la contrarrevolución. Estudios recientes muestran que la lectura está en caída libre. En Estados Unidos ha disminuido un 40% en veinte años. En Reino Unido, más de un tercio de los adultos han dejado de leer. La lectura infantil está en su nivel más bajo registrado. Lo más alarmante: un informe de la OCDE de finales de 2024 reveló que los niveles de alfabetización están disminuyendo o estáncándose en casi todos los países desarrollados.

El culpable es obvio: el smartphone, adoptado masivamente a mediados de la década de 2010. Esos años marcarán un punto de inflexión histórico. A diferencia de tecnologías anteriores como el cine o la televisión, el smartphone requiere toda tu atención; está diseñado para ser hiperadictivo. La persona pasa siete horas diarias mirando pantallas; para los más jóvenes, son nueve horas.

Las universidades están en primera línea de esta crisis, enseñando a las primeras generaciones verdaderamente post-alfabetizadas de estudiantes. El internet ubicuo ha destruido su capacidad de atención y restringido sus vocabularios, volviendo inaccesible el conocimiento de los libros. Estudiantes de literatura en universidades estadounidenses no pueden entender el primer párrafo de *Bleak House* de Dickens, un libro que antes leían niños. Profesores comentan que sus alumnos consideran imposibles las cargas de lectura, luchan por seguir tramas y prestar atención a detalles; se habla del colapso en la alfabetización.

Esto tiene consecuencias devastadoras. La lectura se asocia con mejor memoria, pensamiento analítico, fluidez verbal y menor deterioro cognitivo. Tras la introducción de los smartphones, los puntajes globales de PISA comenzaron a declinar. Los estudiantes tienen cada vez más dificultades para pensar, aprender y concentrarse. Incluso el coeficiente intelectual, que aumentó durante todo el siglo veinte, parece estar disminuyendo. Los estudiantes modernos que no leen dependen de la autoridad de maestros y son incapaces de innovar. Condenados a vivir en un presente narcisista, producimos pastiches sin fin: película de superhéroes tras película de superhéroes.

Esta trivialización cultural es aciaga. La democracia presupone ciudadanos informados y críticos, capaces de entender y debatir temas complejos. El populismo prospera en emociones, no pensamientos; en sentimientos, no frases. No quieren que pienses. El mundo después de la imprenta se parece cada vez más al mundo antes de ella: florecen las supersticiones, el arte se vuelve tosco, la gente desconfía de vacunas. La pantalla está destruyendo el mundo de la democracia liberal. Podríamos estar entrando en una segunda era feudal, o en algo más allá de nuestra imaginación. El mundo que conocimos se desvanece.

Useful knowledge

La visión de Joel Mokyr

La pregunta que ha dominado la historia económica moderna es tan simple como profunda: ¿por qué el mundo occidental experimentó un crecimiento económico sostenido sin precedentes a partir del siglo XVIII, mientras que otras civilizaciones igualmente sofisticadas permanecieron estancadas? Joel Mokyr, catedrático de Economía e Historia en Northwestern University, ha dedicado décadas a responder esta interrogante, la Gran Divergencia, con un enfoque innovador que coloca al conocimiento, no la acumulación de capital, las instituciones políticas o la geografía, como el motor del crecimiento económico moderno.

En dos obras *The gifts of Athena: Historical origins of the knowledge economy* (2002) y *A culture of growth: The origins of the modern economy* (2017), Mokyr construye un andamiaje teórico que redefine la comprensión del progreso técnico y económico. Mientras en *Gifts* establece el marco conceptual de la economía del conocimiento, en *Culture* aborda la pregunta más problemática: ¿por qué Europa desarrolló una cultura orientada a la expansión del conocimiento útil y el progreso material, mientras que otras civilizaciones igualmente avanzadas no lo hicieron? La respuesta la centra en la transformación cultural de las élites intelectuales europeas entre 1500 y 1700.

El concepto de emprendedores culturales es central en *Culture*, donde argumenta que Francis Bacon e

Isaac Newton fueron agentes transformadores que alteraron las creencias, valores y preferencias de su época. Bacon promovió una nueva visión de la ciencia como empresa práctica y colaborativa orientada al mejoramiento material, en contraste con la tradición escolástica que privilegiaba la especulación metafísica y la autoridad textual. Emerge la República de las Letras como la institución cultural clave que facilitó la difusión de las ideas de estos emprendedores culturales. Este mercado competitivo de ideas funcionó como un espacio donde intelectuales de toda Europa, independientemente de su nacionalidad, religión o estatus político, podían comunicarse, debatir y colaborar. La República operaba bajo normas culturales específicas: ciencia abierta, prioridad en el descubrimiento, replicabilidad experimental y escepticismo hacia la autoridad establecida.

Mokyr dedica mucha atención a documentar el colapso gradual del respeto reverencial a la sabiduría antigua. Hasta el siglo XV, la cosmología aristotélica y la medicina galénica fueron incuestionables; atacarlas se consideraba blasfemia. Sin embargo, a partir de 1500, una sucesión de iconoclastas, Copérnico, Vesalio, Paracelso, Gilbert, Bacon, Galileo, comenzaron a socavar sistemáticamente el canon clásico. En paralelo, emergió lo que denomina una cultura del progreso: la creencia de que el conocimiento humano podía expandirse y que cada generación podía superar a la anterior. Esta mentalidad contrastaba radicalmente con la visión cíclica o decadente prevalente en otras civilizaciones. Los intelectuales europeos comenzaron a ver el futuro como potencialmente supe-

rior al pasado, una transformación psicológica con profundas ramificaciones económicas.

Uno de los argumentos más provocativos de *Culture* es que la Ilustración fue un fenómeno de élite, no de masas. La revolución industrial no requirió que el campesinado europeo comprendiera la mecánica newtoniana; bastaba con que una pequeña fracción de la población, ingenieros, inventores, empresarios ilustrados, absorbiera y aplicara el nuevo conocimiento. Esta observación es crucial porque explica por qué cambios culturales relativamente modestos en segmentos reducidos de la sociedad pudieron tener efectos económicos transformadores.

Mokyr contrasta Europa con China, donde existía una élite intelectual sofisticada y una tradición milenaria de innovación técnica. Sin embargo, la élite confuciana china orientaba su energía hacia la erudición clásica, los exámenes imperiales y la administración burocrática, no hacia el conocimiento útil sobre la naturaleza. El mandarinato no desarrolló una cultura del progreso técnico ni instituciones análogas a la República de las Letras. El conocimiento chino, aunque vasto, permaneció fragmentado y poco accesible; no se establecieron los bucles de retroalimentación que caracterizaron a Europa post 1700.

En sus libros, identifica tres mecanismos institucionales fundamentales que facilitaron la difusión del conocimiento útil en Europa y explican la divergencia: la revolución de la imprenta, la fragmentación política del continente y la reducción de los costos de acceso al conocimiento.

1. La invención de la imprenta transformó la naturaleza del conocimiento al introducir fijeza tipográfica. Antes, el conocimiento era vulnerable a la corrupción textual, la pérdida física de manuscritos y las barreras de acceso impuestas por el costo de la copia manual. Cada generación enfrentaba el riesgo de que lo acumulado se perdiera, requiriendo su redescubrimiento. La imprenta alteró esta dinámica. Primero, al producir cientos o miles de copias idénticas de un texto, redujo casi a cero la probabilidad de que el conocimiento codificado se perdiera. Segundo, eliminó la corrupción textual al garantizar que todos los lectores accedían exactamente al mismo texto. Tercero, redujo radicalmente los costos de acceso al conocimiento, lo que tuvo un efecto multiplicador en la innovación.

2. Argumenta que la fragmentación política de Europa fue ventajosa para el progreso del conocimiento. A diferencia de los imperios unificados de China, el Imperio Otomano o los estados islámicos, Europa consistía en docenas de *polis* competidoras: reinos, principados, repúblicas, ciudades-estado; y ninguna podía imponer hegemonía sobre las demás. Esta fragmentación creó un mercado competitivo para intelectuales e innovadores. Un pensador perseguido en un estado podía emigrar a otro más tolerante. Regímenes excesivamente represivos arriesgaban perder a sus mentes más brillantes a favor de rivales más liberales.

3. La reducción sistemática de los costos de acceso al conocimiento. En sociedades donde el conocimiento se considera fuente de poder, riqueza o privilegio, quienes lo poseen tienden a guardarlo celo-

samente; la cartografía era secreto de Estado. Los gremios medievales y las corporaciones artesanales mantenían altos los costos de acceso mediante el secreto y rituales de iniciación. La Ilustración industrial invirtió esta tendencia al promover una cultura de ciencia abierta y compartición del conocimiento.

Mokyr rechaza el determinismo, ya sea institucional o cultural. En su lugar, sostiene que existe una interdependencia dinámica entre ambos: las instituciones formales (leyes, organizaciones, reglas explícitas) y las instituciones informales (normas, valores, convenciones) se refuerzan mutuamente pero también pueden entrar en tensión. Y argumenta que la cultura precede a las instituciones en secuencia causal. Antes de que Europa pudiera desarrollar el complejo institucional que sostuvo la Revolución Industrial (derechos de propiedad intelectual, sociedades por acciones, mercados de capital) fue necesario que las élites intelectuales aceptaran la legitimidad y deseabilidad del progreso técnico. El cambio en las creencias y valores de la élite cultural fue el motor primario; las reformas institucionales fueron consecuencias facilitadoras.

Su perspectiva se distingue de tres enfoques dominantes en la literatura sobre la Gran Divergencia. Contra el *determinismo geográfico* (Diamond, Pomeranz), sostiene que las dotaciones naturales no pueden explicar por qué regiones con geografías parecidas (Europa occidental vs. China oriental) experimentaron trayectorias tan divergentes. La geografía facilita o dificulta el desarrollo, pero no lo determina. Contra el *institucionalismo político* (North, Acemoglu & Robinson), argumenta que las instituciones políti-

cas inclusivas son insuficientes para generar crecimiento sostenido sin el complemento cultural adecuado. La República Veneciana tenía instituciones políticas relativamente inclusivas pero permaneció tecnológicamente conservadora. La Inglaterra del siglo XVII experimentó guerras civiles e inestabilidad política pero fue cuna de la revolución científica. Contra las teorías de *acumulación de capital* (visión neoclásica), demuestra que el capital físico es endógeno al conocimiento: sin los planes técnicos adecuados, la inversión en capital es improductiva. Lo que distinguió a Europa fue su capacidad para generar y aplicar sistemáticamente nuevo conocimiento útil.

Concluye que el legado más importante de la Ilustración no fue la democracia liberal, los derechos humanos ni el individualismo; el legado decisivo se encuentra en la creación de un sistema sostenible de expansión del *useful knowledge* (conocimiento útil) y su aplicación sistemática a la producción material. Esta cultura del progreso técnico ha demostrado ser el factor más duradero y transformador de la modernidad.

Tres monarquías

Paul Johnson. *A history of the modern world from 1917 to the 1980s* (1983).

Al final de la Primera Guerra Mundial, «las tres monarquías imperiales de Europa oriental y central, el trípode de legitimidad sobre el que había descansado el *ancien régime* tal como era entonces, desaparecieron en el plazo de un año. Hacia fines de 1918 había escasas posibilidades de restablecer sólo una de ellas y mucho menos las tres. Al margen de lo que pudiera valer, el sultanato turco también estaba acabado (aunque no se proclamó una república turca hasta el 1 de noviembre de 1922). De un solo golpe, la disolución de estos imperios dinásticos y apropiadores abrió racimos de pueblos heterogéneos que habían sido agrupados paso a paso y asegurados cuidadosamente a lo largo de siglos. El último censo imperial del imperio de Habsburgo demostró que estaba formado por una docena de naciones: 12 millones de alemanes, 10 millones de magiares, 8,5 millones de checos, 1,3 millones de eslovacos, 5 millones de polacos, 4 millones de rutenos, 3,3 millones de rumanos, 5,7 millones de serbios y croatas, y 800.000 ladinos e italianos. De acuerdo con el censo imperial ruso, los grandes rusos formaban sólo el 43 por ciento de la población total; el 57 por ciento restante estaba formado por pueblos sometidos: suecos y alemanes luteranos, lituanos ortodoxos, rusos blancos y ucranianos, polacos católicos, uniatos ucranianos, musulmanes shiítas, sunnitas y curdos de una docena de nacionalidades, e innu-

merables variedades de budistas, taoístas y animistas. Salvo el Imperio Británico, no existía otro conglomerado imperial que incluyese tantas razas diferentes. En comparación, los dominios de los Hohenzollern eran homogéneos y monolingües, pero también ellos incluían enormes minorías de polacos, daneses, alzacianos y franceses. Las monarquías eran el único y principal unificador de estas sociedades multirraciales, la única garantía (aunque a menudo bastante tenue) de que todos serían iguales ante la ley. Una vez desechado ese principio, ¿qué podía sustituirlo? Lo único disponible era el nacionalismo, y su subproducto de moda, el irredentismo, un término derivado del *risorgimento* italiano, que significaba la unión de un grupo étnico entero en un mismo estado. A esta palabra se agregaba ahora una nueva frase de la jerga, la 'autodeterminación', con la que se aludía a la modificación de las fronteras mediante el plebiscito, de acuerdo con las preferencias étnicas».

La teoría sueca del amor

Erik Gandini. *The Swedish Theory of Love* (2015).

En 1972, un grupo de políticos suecos formuló un proyecto de transformación social sin precedentes: liberar a los individuos de las dependencias familiares. El manifiesto *La familia del futuro: una política familiar socialista* estableció que cada persona debía ser tratada como un individuo autónomo, independiente económica y emocionalmente de sus vínculos familiares. Mujeres libres de los hombres, ancianos libres de sus hijos, jóvenes libres de sus padres. Esta visión, profundamente arraigada en el valor sueco de la independencia, se convirtió en política de Estado y transformó radicalmente la estructura social del país.

Cuarenta años después, Suecia ostenta la tasa más alta del mundo de personas que viven solas: casi la mitad de su población. La independencia, concebida como liberación, derivó en un aislamiento sistémico. El caso más extremo y perturbador es el de personas que mueren en sus apartamentos sin que nadie lo advierta durante semanas, incluso años. El sistema de domiciliación bancaria automatizada permite que las facturas se paguen después de la muerte, haciendo invisible la ausencia. Una agencia estatal se dedica a gestionar estas muertes inadvertidas. La independencia, llevada a su extremo, elimina incluso la posibilidad del duelo colectivo.

Según el mapa de valores del World Values Survey, Suecia ocupa el extremo absoluto en el eje que mide la primacía del individuo sobre la familia, la reli-

gión o la comunidad. Esta posición, lejos de ser accidental, es el resultado de décadas de ingeniería social deliberada. Este modelo representa la cúspide, o el límite, del proyecto moderno occidental de emancipación individual. La pregunta implícita es si Suecia es un modelo a seguir o una advertencia.

Gandini articula a través de testimonios el costo humano del modelo. Inmigrantes latinoamericanos y africanos observan con perplejidad una sociedad donde la solidaridad existe pero se gestiona a distancia, a través de instituciones, no de cuerpos y presencias.

El sociólogo Zygmunt Bauman, desmonta el mito de la felicidad como ausencia de problemas. La felicidad, argumenta, nace de superar dificultades, de la negociación con otros, de la fricción que produce el encuentro con la diferencia humana. La independencia radical destruye esa capacidad: al eliminar la necesidad del otro, se atrofia la habilidad de convivir, de ceder. El mundo digital agrava esta condición: permite una sociabilidad sin riesgo, sin compromiso, desconectable.

Al final de la independencia, concluye Bauman, no hay libertad plena sino *vacío existencial, pérdida de sentido y un aburrimiento inimaginable*.

Hacia lo esencial

The collected songs of Cold Mountain, Washington, 2000.

Han-shan [Montaña Fría], el ermitaño que firmaba sus versos con este nombre, el de un pico escarpado en el mapa de China y, a la vez, una grieta en la conciencia. Sus poemas, escritos sobre cortezas de árbol o grabados en paredes de cuevas, condensan el instante puro donde el budismo Chan y el taoísmo se funden. En ellos, la naturaleza deja de ser telón para volverse cuerpo de la iluminación. Su belleza nace de una desnudez radical, del rechazo a todo adorno cortesano. La Montaña Fría es el motivo perpetuo: riscos altivos, nubes blancas enredadas en rocas negras. Una geografía que es estética del vacío, de lo que no tiene nombre.

El viento, el rocío, la luna: en sus versos, los elementos naturales actúan como espejos de la mente. La belleza habita la fugacidad, la existencia sin testigos (*a solas, sin testigos*). El poeta propone un mundo donde lo valioso es lo que aún no ha sido nombrado, lo que no lleva huellas del mundo. Allí la mirada rompe la frontera entre el que mira y lo mirado: uno ya es la montaña. Claridad lunar: «Mi mente es como la luna de otoño / clara y brillante en un estánque de jade». La visión de lo real, sin los filtros del deseo. El poeta observa las estaciones. Atisba la extrañeza del camino, ese sendero donde «la forma pregunta a la sombra hacia dónde ir». Perderse es olvidar el regreso, es hallar el verdadero hogar.

Lo hondo está en lo indecible con la leña y la nube. La poesía invita a un corazón sin tacha a soltar el karma maligno. Lo profundo se revela cuando el cuerpo de Buda se reconoce en la naturaleza original. Iluminarse es despojarse. La paradoja final: el refugio más seguro es el más inhóspito. En la soledad de los riscos, Han-shan encuentra una libertad que el mundo no entendería. Y el viento es el mejor texto sagrado.

Quien toma el camino del Monte Frío
toma un camino que nunca termina,
los ríos son largos y están llenos de rocas,
las corrientes son anchas y ahogadas en hierba.
No es la lluvia lo que vuelve resbaladizo el musgo,
ni es el viento lo que hace gemir a los pinos.
¿Quién puede sortear las ataduras del mundo
y sentarse conmigo entre las nubes?

Voi ch'entrate

Benito Pérez Galdós. *Fortunata y Jacinta* (1886).
Variación del capítulo «Una visita al Cuarto Estado».

El aire se espesa y la realidad empieza a deformarse ante los ojos de Jacinta mucho antes de cruzar el umbral del patio. La calle de Toledo es telón en movimiento, desfile espectral donde los objetos cobran una densidad aplastante. Los adoquines se agitan bajo el peso de los carros y la muchedumbre se mueve en un frenesí opresivo, mientras hombres con pañuelos de colores asaltan a los transeúntes y mujeres de voces afiladas lanzan pregones que caen como sentencias. A medida que el descenso avanza, el entorno se tiñe de una violencia cromática que agrede los sentidos. Las telas desplegadas en las paredes son ráfagas de un naranja que cruje como ejes oxidados, bermellones que rasguñan las pupilas, cobaltos que evocan el veneno y un amarillo tila de una palidez tísica. Por todas partes estalla el rojo, un dominio absoluto y asfixiante de tabernas, arneses y portales color sangre, como si se cruzara el territorio de un pueblo entregado a una religión del sacrificio. La humanidad misma se desfigura en este trayecto. El verdadero abismo se abre al cruzar el portón de la calle del Bastero. El primer patio cuadrilongo recibe a la viajera con un zumbido de enjambre y filas de corredores donde cuelgan zaleas y refajos amarillos. Pero es el pasadizo interior, un túnel oscuro y numerado, el que marca la bajada al círculo más tétrico y miserable. Aquí el aire ya no es respirable: es un vaho espeso, nauseabundo,

cargado con el olor a fritanga, ambientes chinchosos y los despojos de tripas y cueros que se pudren al sol en los tejados. Por encima de las tejas, gatos flacos y salvajes, de quijadas angulosas y pelo erizado, acechan como guardianes del recinto, mientras por los corredores se arrastran figuras andrajosas, ciegos que golpean el suelo y lisiados de rostros horribles que obligan a Jacinta a pegarse a las paredes carcomidas, cuyos muros descascarados parecen heridos por rasguños de saña. En el fondo de este sumidero, las criaturas ya apenas conservan rasgos del mundo superior. Hay niños que amasan el fango del suelo para construir panes ficticios y un bebé fajado que berrea abandonado en la tierra. El horror definitivo estalla con una manada de salvajes, pequeños engendros con las caras y las manos completamente emborronadas de un betún negro y espeso; se han dibujado anteojos, rayas y patillas siniestras, transformándose en auténticos diablillos infernales que celebran su monstruosidad con risas extrañas.

Elogio del Vallés [4]

Cuando la dulce primavera sembraba por toda Hesperia sus alegres flores, sus aromas, sus mariposas y sus pájaros, colmando de encanto las llanuras y de joyas el cielo, no se contentó con llegar hasta la orilla del mar, ni con quedarse allí más tiempo del que su naturaleza generosa le permitía: subió a la cumbre de Montcada y desde allí, con el resto de sus dones, con todos los encantos guardados en su regazo, los esparció sobre el Vallés. En sus montañas ásperas, en sus campos siempre verdes, en las floridas orillas que los ríos besan con paso ligero, dejó sus joyas hermosas, dejó sus flores y sus pájaros, que la inciensan cada día y la cantan en todo tiempo.

La tramontana, que baja desde los nevados Pirineos desgreñando a su paso los romeros y los tomillos, y hace vacilar las copas altivas de los pinos que tocan el cielo, al llegar a esta llanura y besar el Montseny la encuentra tan hermosa que se detiene: pliega juntas las alas y se convierte en brisa pausada, para poder besarla más.

Sus praderas son alfombras donde el amor ríe eternamente; coronan las sierras romeros que jamás se marchitan y retamas en flor que perfuman el aire, y luego mueren de gozo para reflorecer con el año nuevo; y hacen compañía a sus dulces violetas, a sus liri-

[4] Esta narración constituye una mediación cultural. Guillem August Tell i Lafont escribió en catalán el poema *Al Vallès,* publicado en 1883 en la revista *La Renaixensa*. La presente versión és una recreación de esta obra en prosa.

os blancos, a sus rosales, las damas de agua que se esconden en los torrentes.

En sus prados hay flores abiertas, en sus alisedas hay pájaros; cerca de los hogares todavía vuelan las viejas leyendas de otro tiempo, y en sus llanuras cien villas lucen en sus fiestas a las hermosas muchachas del Vallés, como flores de un rosal de claveles.

¡Tierra bendecida por el cielo, cuánto te añora mi co-razón! Añoro tus pequeñas montañas y la caricia de tus praderas; y cuando el mestral revuela trayendo bajo sus pliegues dulces olores y murmullos cargados de tus recuerdos, oh Vallés, yo lo escucho: con voz potente él, desde tus prados siempre verdes, me dice de qué color más vivo y encendido se visten las amapolas, qué alegría respira el bullicio de tus fiestas, el eco de tus campanas cuando llaman a la oración; qué color tienen tus nubes cuando restalla el relámpago, y con qué manto se cubren cuando enlutan el sol; qué piedras quedan aún de tus castillos, donde silbaban las saetas de tus recios ballesteros; cuáles fueron tus batallas y el nombre de tus valientes, cuyas testas se alzan, altivas, más que tus sierras, hacia el cielo; y cuántas veces, tras la matanza, al beso del sol de la victoria, bajaron rojas las aguas del Besés y del Ripollet.

Tierra amada, tierra bella, que tanto añora mi corazón: mi pensamiento se pierde entre tus alisedas como una golondrina. Subo a la cima de tus sierras, bajo al fondo de tus torrentes, para ver el vuelo de las águilas o escuchar tus leves murmullos; y de tus dulces tonadas, de aquellos cantares siempre bellos con que se hablan las florecillas en el fondo de tus vergeles; del sonido, cintas de plata, que hacen de noche

tus corrientes, cuando juegan entre la sombra los genios sobre la hierba; del rumor que el viento arranca al foso entre los cipreses, cuando en la oscuridad relucen, dando saltos, los fuegos fatuos; y de las dulces cantigas que, al brillar la luna en el cielo, murmuran las hadas mientras se peinan los cabellos... de todo eso aprendí mis cantos; si mi arpa saca un eco agradable, lo aprendió en tus bosques, en tus campos, en tus torrentes.

Y cuando, rotas sus cuerdas, ya no me quede ni un solo cantar; cuando mi cabello blanquee como la nieve del alto Montseny; cuando los hombres ya no quieran escuchar mi voz temblorosa, contaré a los niños que me rodeen las leyendas que habré aprendido, y les rogaré que caven mi fosa al pie de un ciprés que incline su copa altiva hacia las brisas del Vallés.

La jauría

Shakespeare. *La tragedia de Julio César*, 1599

Bruto:
(acaba de asesinar a César)

Romanos, compatriotas y amigos queridos, permítanme defender mi causa y guarden silencio para oírme bien. Créanme, por mi honor, y en mi honor crean. Censúrenme con su sabiduría y aviven los sentidos, pues así serán mejores jueces. Si en esta asamblea está algún dilecto amigo de César, a él le digo: que el amor de Bruto por César nunca fue menor que el suyo. Si este amigo, entonces, preguntara por qué Bruto se levantó contra César, mi respuesta sería: no porque Bruto amara menos a César, sino porque más ama a Roma. ¿Preferirían que César viviera y morir todos como esclavos o vivir en libertad con César muerto? Puesto que César me quiso, lloro por él; porque tuvo fortuna, se la celebro; porque fue valiente, le honro, porque fue ambicioso, hube de darle muerte. Hay lágrimas para su amor, alegría para su fortuna, honra para su coraje y muerte para su ambición. ¿Quién, entre ustedes, es tan abyecto que querría ser esclavo? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. ¿Quién tan bárbaro que no quisiera ser romano? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. ¿Quién tan vil que no ama a su patria? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. Espero en silencio una respuesta.

Ciudadanos: ¡Viva, Bruto! ¡Viva! ¡Viva!
Primer ciudadano: Llevémosle a su casa en triunfo.
Quinto ciudadano: Que tenga una estatua junto a las de sus ancestros.

Antonio:

He venido a enterrar a César, no a alabarlo. El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien queda a menudo sepultado con sus huesos. Que así sea con César. El noble Bruto les ha dicho que César era ambicioso. De ser cierto, habría sido una falta grave, y gravemente César ha pagado por ella. Aquí, con la venia de Bruto y los suyos (porque Bruto es un hombre honorable; como lo son todos ellos, hombres de honor) vengo a hablar en el funeral de César. Era mi amigo, justo y leal hacia mí, pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable. Trajo rehenes a Roma que colmaron nuestras arcas con sus rescates. ¿Por esto se pensó que César era ambicioso? Cuando los pobres lloraban, César lloraba con ellos; ¿no se forja la ambición en la materia más dura? Pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable. Todos vieron en las Lupercales que tres veces le ofrecí la corona real, y tres veces la rechazó. ¿Esa era su ambición? Pero Bruto dice que era ambicioso, y, seguro, él es un hombre honorable. No hablo para refutar las palabras de Bruto, sino para declarar lo que yo sé. En vida todos le amaron, y no sin causa. ¿Qué causa puede impedirles honrarle en muerte? ¡Ah, sensatez! Te has alojado en bestias sin alma y dejado a los hombres sin razón… Perdónenme, pe-

ro mi corazón está en el féretro con César, y debo esperar hasta que vuelva a mí.

Ciudadanos: ¡Rebelión!
Primer ciudadano: ¡A quemar la casa de Bruto!
Tercer ciudadano: ¡En marcha! ¡A buscar a los conspiradores!

La rebelión del desengaño

Fray Antonio de Guevara. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Valladolid, 1539.

Valladolid, 1539. Un fraile franciscano, cronista oficial del emperador Carlos V, se detiene en el umbral del palacio. Se despide. Fray Antonio de Guevara señala al mundo con el dedo y con una prosa que es un arma. Lo que sigue, en las páginas finales de su libro, es una letanía, una salmodia, una especie de conjura. Un inventario. Una de las radiografías más implacables que se han escrito jamás sobre la condición humana en el palacio del poder.

***

De cómo el autor se despide del mundo con muy delicadas palabras. Es capítulo muy notable.

Quédate adiós, mundo, pues no hay que fiar de ti ni tiempo para gozar de ti; porque en tu casa, ¡oh, mundo!, lo pasado ya pasó, lo presente entre las manos se pasa, lo por venir aún no comienza, lo más firme ello se cae, lo más recio muy presto quiebra y aun lo más perpetuo luego fenece; por manera que eres más difunto que un difunto y que en cien años de vida no nos dejas vivir una hora.

Quédate adiós, mundo, pues prendes y no sueltas, atas y no aflojas, lastimas y no consuelas, robas y no restituyes, alteras y no pacificas, deshonras y no

halagas, acusas sin que haya quejas y sentencias sin oír partes; por manera que en tu casa, ¡oh, mundo!, nos matan sin sentenciar y nos entierran sin nos morir.

Quédate adiós, mundo, pues en ti ni cabe ti no hay gozo sin sobresalto, no hay paz sin discordia, no hay amor sin sospecha, no hay reposo sin miedo, no hay abundancia sin falta, no hay honra sin mácula, no hay hacienda sin conciencia, ni aun hay estado sin queja, ni amistad sin malicia.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio prometen para no dar, sirven a no pagar, convidan para engañar, trabajan para no descansar, halagan para matar, subliman para abatir, ríen para morder, ayudan para derrocar, toman para no dar, prestan a luego tornar, y aun honran para infamar y castigan sin perdonar.

Quédate adiós, mundo, pues en tu casa abaten a los privados y subliman a los abatidos, pagan a los traidores y arrinconan a los leales, honran a los infames e infaman a los famosos, alborotan a los pacíficos y dan rienda a los bulliciosos, saquean a los que no tienen y dan más a los que tienen, libran al malicioso y condenan al inocente, despiden al más sabio y dan salario al que es más necio, confíanse de los simples y recátanse de los avisados; finalmente, allí hacen todos todo lo que quieren y muy pocos lo que deben.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio a nadie llaman por su nombre propio; porque al temerario llaman esforzado; al cobarde, recogido; al importuno, diligente; al descuidado, pacífico; al pródigo, magnánimo; al escaso, modesto; al hablador, elocuente; al necio, callado; al disoluto, enamorado; al honesto, frío; al entremetido, cortesano; al vindicativo, honroso; al apocado, sufrido; y al malicioso, simple; y al simple, necio; por manera que nos vendes, ¡oh, mundo!, el envés por revés y el revés por envés.

Quédate adiós, mundo, pues traes a todo el mundo engañado, es a saber: que a los ambiciosos prometes honras; a los inquietos, mudanzas; a los malignos, privanzas; a los flojos, oficios; a los codiciosos, tesoros; a los voraces, regalos; a los carnales, deleites; a los enemigos, venganzas; a los ladrones, secreto; a los viejos, reposo; a los mancebos, tiempo; y aun a los privados, seguro.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio ni saben guardar verdad ni mantener fidelidad; porque a unos traes desvelados, a otros amodorridos, a otros atónitos, a otros embobecidos, a otros desatinados, a otros descaminados, a otros desesperados, a otros pensativos, a otros alterados, a otros abobados, a otros afrentados y a todos juntos asombrados.

Quédate adiós, mundo, pues en tu compañía el que acierta va más perdido, el que te halla es peor librado, el que te habla es más afrentado, el que te sigue va más descaminado, el que te sirve es peor pagado, el

que te ama es peor tratado, el que te contenta va más descontento, el que te halaga es más lastimado, el que más priva es más desprivado, y el que en ti fía es más engañado.

Quédate adiós, mundo, pues para contigo ni aprovecha dones que te den, servicios que te hagan, lisonjas que te digan, regalos que te prometan, caminos que te sigan, fidelidad que te guarden, ni aun amistad que te tengan.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio a todos engañas, a todos derruecas, a todos infamas, a todos acoceas, a todos castigas, a todos lastimas, a todos atropellas, a todos amenazas, a todos enriscas, a todos despeñas, a todos enlodas, a todos acabas y aun a todos olvidas.

Quédate adiós, mundo, pues en tu compañía todos lamentan, todos suspiran, todos sollozan, todos gritan, todos lloran, todos se quejan, todos se mesan y aun todos se acaban.

Quédate adiós, mundo, pues en tu casa no aprendemos sino a aborrecer hasta matar, hablar hasta mentir, amar hasta desesperar, comer hasta regoldar, beber hasta revesar, tratar hasta robar, recuestar hasta engañar, porfiar hasta reñir y aun pecar hasta morir.

Quédate adiós, mundo, pues andando en pos de ti, la infancia se nos pasa en olvido, la puericia en experiencias, la juventud en vicios, la viril edad en

cuidados, la senectud en quejas y aun el tiempo en vanas esperanzas.

Quédate adiós, mundo, pues de tu palacio sale la cabeza cargada de canas, los ojos de legañas, las orejas de sordedad, las narices de reuma, la frente de arrugas, los pies de gota, los muslos de ciática, el estómago de humores, el cuerpo de dolores y aun el corazón de cuidados.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio ninguno quiere ser bueno, lo cual parece muy claro en que cada día empozan traidores, arrastran salteadores, degüellan homicianos, queman herejes, quintan a perjuros, destierran a bulliciosos, enmordazan a blasfemos, enclavan a traviesos, ahorcan a ladrones y aun cuartean a falsarios.

Quédate adiós, mundo, pues tus criados no tienen otro pasatiempo sino ruar calles, mofar de los compañeros, recuestar damas, enviar recaudos, engañar a muchas vírgenes, ojear ventanas, escribir cartas, tratar con las alcahuetas, jugar a los dados, relatar vidas de prójimos, pleitear con los vecinos, contar nuevas, fingir mentiras, buscar regalos e inventar vicios nuevos.

Quédate adiós, mundo, pues que en tu casa a ninguno veo contento; porque si es pobre, querría tener; si es rico, querría valer; si es abatido, querría subir; si es olvidado, querría medrar; si es flaco, querría poder; si es injuriado, querríase vengar; si es privado, querría permanecer; si es ambicioso, querría

mandar; si es codicioso, querríase extender; y si es vicioso, querríase holgar.

Quédate adiós, mundo, pues en ti no hay cosa fija ni segura, porque a los homenajes hienden los rayos, a los molinos llevan las crecientes, a los ganados daña la roña, a los árboles come el coco, a los panes tala la langosta, a las viñas taza el pulgón, a la madera desentraña la carcoma, a las colmenas yerman los zánganos y aun a los hombres matan los enojos.

Quédate adiós, mundo, pues no hay en tu palacio quien quiera bien a otro, porque la onza pelea con el león, el rinoceronte pelea con el cocodrilo, el águila con el avestruz, el elefante con el minotauro, el jerifalte con la garza, el sacre con el milano, el oso con el toro, el lobo con la yegua, el cuclillo con el picazo, el hombre con el hombre y todos juntos con la muerte.

Quédate adiós, mundo, pues en tu casa no hay cosa que no nos dé pena, porque la tierra se nos abre, el agua nos ahoga, el fuego nos quema, el aire nos destempla, el invierno nos arrincona, el verano nos congoja, los canes nos muerden, los gatos nos arañan, las arañas nos emponzoñan, los mosquitos nos pican, las moscas nos importunan, las pulgas nos despiertan, las chinches nos enojan y, sobre todo, los cuidados nos desvelan.

Quédate adiós, mundo, pues por tu tierra ninguno puede andar seguro, porque a cada paso se topan piedras a do tropiecen, puentes de do caigan, arroyos

a do se ahoguen, cuestas a do se cansen, truenos que nos espanten, ladrones que nos despojen, compañías que nos burlen, nieves que nos detengan, rayos que nos maten, lodos que nos ensucien, portazgos que nos cohechan, mesoneros que nos engañan y aun venteros que nos roben.

Quédate adiós, mundo, pues en tu casa, si no hay hombre contento, tampoco le hay sano; porque unos tienen bubas; otros, sarna; otros, tiña; otros, cáncer; otros, gota; otros, ciática; otros, piedra; otros, ijada; otros, cuartana; otros, pleuresía; otros, asma; y aun otros, locura.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio ninguno hace lo que otro hace, porque si uno canta, otro cabe él llora; si uno ríe, otro cabe él suspira; si uno come, otro cabe él ayuna; si uno duerme, otro cabe él vela; si uno habla, otro cabe él calla; si uno pasea, otro cabe él huelga; si uno juega, otro cabe él mira; y aun si uno nace, otro a pared y medio muere.

Quédate adiós, mundo, pues no hay criado en tu palacio que no sea de algún defecto notado, porque si es alto, declina a giboso; si tiene buen rostro, es en los ojos bizco; si tiene buena frente, es angosto de sienes; si tiene buena boca, fáltanle los dientes; si tiene buenas manos, tiene malos cabellos; si tiene buena voz, habla algo gangoso; si es suelto, es también sordo; si es recio, es algo cojo; y aun si es bermejo, no escapa de malicioso.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio ninguno vive de lo que otro, porque unos siguen la corte, otros navegan la mar, otros andan en ferias, otros aran los campos, otros pescan los ríos, otros sirven señores, otros andan caminos, otros aprenden oficios, otros gobiernan reinos y aun otros roban los pueblos.

Quédate adiós, mundo, pues en tu casa ni son conformes en el vivir, ni tampoco en el morir, porque unos mueren niños, otros mozos, otros viejos, otros ahorcados, otros ahogados, otros cuarteados, otros despeñados, otros hambrientos, otros ahítos, otros hablando, otros durmiendo, otros apercibidos, otros descuidados, otros alanceados y aun otros intoxicados.

Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio ni se parecen en la condición ni menos en la conversación, porque si uno es sabio, otro es necio; si uno agudo, otro es torpe; si uno hábil, otro es rudo; si uno animoso, otro cobarde; si uno callado, otro boquirroto; si uno sufrido, otro bullicioso, y aun si uno es cuerdo, otro es loco.

Quédate adiós, mundo, pues no hay quien contigo pueda vivir y menos se apoderar, porque si como poco, estoy flaco; y si mucho, ando hinchado; si camino, cánsome; si estoy quedo, entorpézcome; si doy poco, llámanme escaso; y si mucho, pródigo; si estoy solo, asómbrome; y si acompañado, importúnome; si visito a menudo, tómanlo a importunidad; y si de tarde en tarde, a presunción; si

sufro injurias, dicen que es poquedad; y si las vengo, que es crueldad; si tengo amigos, importúnanme; y si enemigos, persíguenme; si estoy siempre en un lugar, siento hastío; y si me mudo a otro, enójome; finalmente digo que lo que aborrezco me hacen tomar y lo que amo no puedo alcanzar.

¡Oh, mundo inmundo!, yo que fui mundano conjuro a ti, mundo, requiero a ti, mundo, ruego a ti, mundo, y protesto contra ti, mundo, no tengas ya más parte en mí; pues yo no quiero ya nada de ti ni quiero más esperar en ti, pues sabes tú mi determinación, y es que:

Posui finem curis;
spes et fortuna, valete.